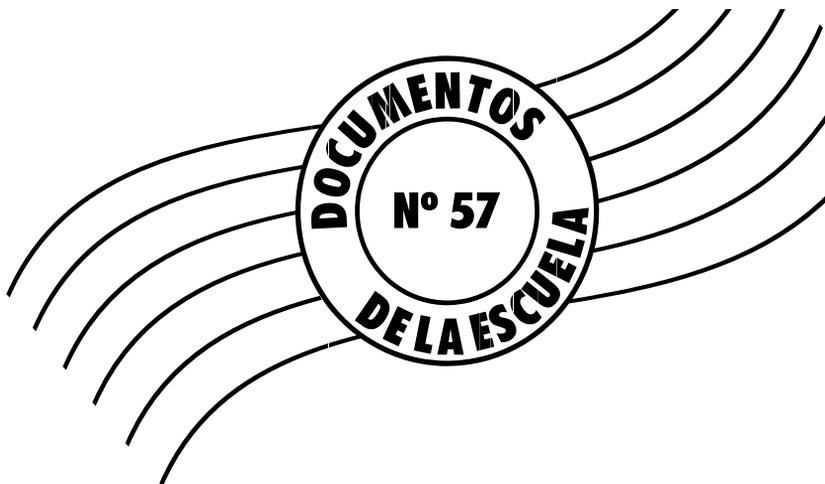


MAMAECO



Jorge E. Núñez H.



Jorge E. Núñez H.

Mamaeco



© ESCUELA NACIONAL SINDICAL

Calle 51 N° 55-78

Tel: 513 31 00 - Fax: 512 23 30

Correo electrónico:

fondoeditorial@ens.org.co

www.ens.org

Apartado Aéreo: 12 175

Medellín-Colombia

2006

ISSN: 1794-9270

© **Mamaeco**, Jorge Núñez, 2006

Fotografía de portada: Jesús Villamizar

Para esta publicación se contó con el apoyo de

CONFIAR - Cooperativa Financiera

Las opiniones expresadas en este texto pertenecen exclusivamente al autor y por tanto no representan, ni comprometen el pensamiento de la Escuela Nacional Sindical. (N.E.)

Hola madre:

*Es difícil decir lo que quiero decir
Es penoso negar lo que quiero negar*

*Mejor no lo digo
Mejor no lo niego*

Mario Benedetti.

Es posible que esta carta no la puedas leer porque ya tus ojos no resisten. Los días en que ocupabas el tiempo leyendo la Biblia o los libros de oraciones se han quedado atrás. El placer íntimo que te propiciaba la lectura de los salmos se ha esfumado, y, de no ser por las transmisiones televisadas de la santa misa y el rosario, unidas a tus intensas oraciones en los amaneceres, tu vida espiritual, única dimensión de tranquilidades en estos días, me temo que ya no estarías con nosotros. Son tantos los dolores físicos que se han enquistado en tus carnes unos por la acción del tiempo y otros por el sufrimiento que te hemos ocasionado los hijos, que eso explica tu frase reiterada: ya no tengo alientos.

Dejaste de ser tú, desde el día en que te casaste. Tenías solo veintidós años. Desde ese momento empezaron las dificultades. Papá, quien te encontró en un pequeño pueblo de campesinos dedicados a la crianza de ganados en las sabanas de Bolívar, en la zona caribe de nuestro país, te ilusionó con sus encantos físicos, sus historias de trabajo con los gringos en las petroleras y sus sofisticadas estrategias de joven enamorado. Vivías con tus hermanos en la casona

que había levantado el abuelo Gilberto con su esfuerzo de tendero. Allí en la tienda conociste el kerosene que se producía en pequeña escala en la refinería de Barranca y que se vendía por centavos en botellas de cerveza. “Don Gidbe, véndame tres chivo de gá”, decían las gentes a mi abuelo al pedir el petróleo transformado en combustible y con el cual llenaban las lámparas para iluminar las noches del pequeño poblado. Sin ser una familia de holganzas económicas, en tu casa no se padecían afugias ni ansiedades; sin embargo, la realidad tenía escondida para ti algunas aristas dolorosas que bien pronto surgieron a la superficie y rompieron el encanto de la esperanza de una vida mejor. El rostro de la pobreza no se veía ni en el semblante ni en la vestimenta de papá cuando regresó a su pueblo natal. Ya había trabajado con la Tropical Oil Company. Llegó a laborar con los gringos a comienzos de los años cuarenta apoyado por su hermano de madre, Julio García, cuando aún tenía el alma de un joven rural. Sus primeros pesos le picaron en las manos en el pequeño puerto petrolero donde los bancos y la Caja de Ahorros eran menos importantes que los bares. Empezó ganándose ocho pesos con cincuenta centavos. El cincuenta por ciento se lo descontaban para que ahorrara pero dos días después de recibir el pago iba, como la gran mayoría de los obreros, a retirar el dinero para invertir en la fiesta. Empezó a consignar cerveza en el hígado y a girar su salario al excitante banco del placer femenino. Una sentada en el American Bar, por los años cincuenta, salía bien costosa. Cerveza a diez centavos, paquete de cigarrillos Lucky, Camel o Chesterfield a veinticinco centavos, si se tomaba ron, la botella costaba un peso con veinte centavos, si era botella de Whisky, doce pesos. Si se incluían servicios sexuales, eran cinco pesos el rato. Y si se quería bailar cuando tocaba alguna orquesta se pagaban diez centavos por cada pieza musical

bailada. La economía de la rumba era lucrativa. Los gringos de la Tropical lo estimaban bastante por su sencillez, alegría y buenos modales. En sus fiestas lo invitaban para que hiciera de mesero y le daban propinas en moneda norteamericana, cada sábado, que luego gastaba en los únicos sitios de goce del tiempo libre en la naciente ciudad.

Recién casada viviste en Magangué, un puerto sobre el gran Río de la Magdalena. Allí papá ensayaría de la mano de su hermano de madre Gabriel Eligio el oficio de ayudante de telégrafos. Vivirías en la casa de un familiar de mi padre, en una pieza estrecha, sin baño privado y que se inundaba con cualquier lluviecita. Papá era un joven fiestero. Su espíritu caribeño, de hombre expresivo, alegre, generoso y sin afanes estaba a flor de piel. Cuando era aún mozalbete sintió la plenitud de las vibraciones íntimas de la carne gracias a las jóvenes del pueblo, y de las mujeres de vida alegre que pululaban alrededor de la incipiente refinería del puerto petrolero. Ya era un joven avezado en las lides de Venus. En su morral de vivencias había mucha música, fandango y ron. Su condición de danzarín silvestre se acentuaría con el correr de los años y los ritmos. Debes recordar, y eso lo contaba él, que el único concurso que se ganó en la vida, como trabajador activo, fue bailando en uno de los bares nocturnos más concurridos por los petroleros: la Mafafa. Tú pagarías en los amaneceres, sin sobresaltos, los costos de su exaltación hormonal. El oficio de telegrafista lo dejaría de lado porque ya conocía las bondades económicas de ser empleado de las petroleras. Se iría de nuevo a buscar enganche a Barranca y esta vez contigo y tus dos primeros hijos.

La llegada al mundo, en seguidilla, de mis hermanos, no dio tiempo a que pensaras en ti. Los apremios de la crianza te arrojaron con el himno de los llantos, el aroma de los orines y el concierto de los

vasos, ollas y platos de la cocina. Papa reducía su responsabilidad de crianza dándote para la comida, los jabones, el papel higiénico, el pago de los servicios y el arriendo. Nunca te dio para que ahorraras ni para que compraras una pantaleta. A pesar de eso tú lograbas guardar uno que otro peso previniendo cualquier emergencia. Lo que sobraba, luego de atender las necesidades básicas de la casa, ya sabes a dónde iba a dar. Tú tenías que hacer de tripas corazones con lo que él te entregaba.

Así pasaron cerca de 20 años. Parir era entonces el acontecimiento histórico más significativo en tu vida. Para los obreros y empleados de la petrolera, la llegada al mundo de un hijo, era la oportunidad de reajustar su salario pues con el nuevo crío aumentaba el subsidio familiar. Ya tenías nueve hijos cuando papá decidió pensionarse, porque tenía el tiempo cumplido y ya no era necesaria su presencia en la empresa. Pensaste que económicamente la vida cambiaría en mejor dirección pues él empezó a dedicar parte de su tiempo a manejar su carro particular transportando niños a los colegios. El se había pensionado pero tú no. Tú tenías que seguir en la faena de la crianza de los hijos y la administración de la casa. Pero a las duras, cotidianas y rutinarias exigencias del trabajo doméstico había que agregarle el hecho de atenderlo a él. Debías tener, a tiempo y bien hecho, el desayuno, el almuerzo y la comida. Ahora debías reemplazar en gusto a los cocineros del casino de la petrolera. Y en eso la competencia bien pronto las ibas a perder. Papá se había alimentado en sus primeros años de trabajo, cuando solo tenía quince años, con la comida que preparaban los cocineros chinos para los gringos. El privilegio de ser el jovenzuelo de ojos verdes que limpiaba los anjeos del casino le daba la ventaja de comer una de las mejores comidas del mundo. Hacías con cariño la comida pero no era de la exquisitez y variedad de la que daban en el restaurante

de la empresa. Ni el rostro ni los comentarios de papá demostraban que estaba a gusto; pero tenía que aguantarse. Nadie más podía reemplazarte en las exigencias gastronómicas y de cuidados que él reclamaba. La costumbre te colocaba en la misma tarea de las esposas de los petroleros pensionados: cumplir en casa, a como diera lugar, sin importar tu salud ni tus emociones los cuidados que ahora ya la empresa no les brindaba. Y así sucedía en la mayoría de las casas de los jubilados. Por lo demás, ya éramos muchos y la pensión no era tan holgada como para darse lujos y variedades en el menú.

Papá siguió trabajando con su carro; primero transportando niños a los colegios, y luego, en la plaza de mercado de Torcoroma llevando víveres a distintas casas. Su nueva ocupación no te proporcionaba goce pues tenías noticias de los enredos de faldas de papá con una inquilina de la plaza. A pesar de que estaba ocupado buena parte del día, los ingresos no mejoraban pues los hijos nos habíamos crecido y las exigencias de manutención eran más costosas. Me acuerdo que un día a la hora del almuerzo, hastiado de tomar una esencia de frutas, moresco, que nos dabas como sobremesa, te dije: “¿hasta cuándo nos van a tener en esta casa a punta de química? Tu reacción fue de rabia. “Este muchachito tan atrevido”, fue tu única respuesta. Ya papá, pensionado, había cruzado la frontera de los 60 años de vida, cuando un día lo sorprendió la silenciosa enfermedad de la hipertensión mientras manejaba su carro Land Rover. Ese día sufrió un pequeño accidente cerebro vascular que lo dejó andando cojo. Desde ese momento abandonó el carro y se redujo su movilidad. Los médicos de la policlínica de la petrolera a la que estábamos adscritos, lo empastillaron para prevenir la hipertensión pero no le dijeron, con la motivación requerida, que tenía que cambiar de hábitos de vida. Eran médicos peperos. Disponían de un dispensario

farmacológico múltiple y de alta calidad, al que confiaban los éxitos de sus prescripciones médicas. La idea de promover la cultura del autocuidado todavía no había ganado los suficientes adeptos entre los galenos. Mucho tiempo después, cuando le propuse a papá y a ti que camináramos unos cuantos minutos al día, como forma de mejorar la calidad de vida y detener el proceso veloz del envejecimiento, ustedes aceptaron y lograron unos pequeños cambios, lamentablemente hubo dolorosas circunstancias que no permitieron que el nuevo hábito se consolidara. Después del primer accidente cerebro vascular papá siguió tomándose sus tragos, aunque con menos frecuencia, comiendo salado y comidas grasosas, fumando y sentado buena parte del tiempo libre en una mecedora. Doce años después, cuando me envolvieron en un lío judicial mis adversarios políticos, y que fue la época de crisis más intensa que has vivido como madre, papá se hastió de las pastillas y tuvo una complicación múltiple que por poco se lo lleva. Lo sacamos del hospital consciente pero en silla de ruedas.

Inválido, con un cuadro politraumático resultante de una vida desordenada, distribuyendo el tiempo físico entre la silla de ruedas, la hamaca y la cama, tú lo mirabas desde tu mecedora central, en la sala, desde donde masculabas el pasado. Tus movimientos eran sólo los recuerdos. Ejercitabas un doloroso sedentarismo por tus achaques físicos, al ritmo de la nostalgia. Decías en voz baja: “como ya no tiene en qué malgastar la plata de su pensión, ahora le sobra el dinero. Qué bueno hubiera sido que desde joven lo hubiera hecho. Estaría y estaríamos mejor. Un día le dije, mientras se miraba al espejo: la edad entró en ti pero tú no has querido entrar en la edad”. Él te miraba en silencio, te seguía con la mirada y con el pensamiento cuando ocasionalmente te parabas a la cocina o salías a hacer alguna diligencia de él. “Ahora, viejo y achacado, te quiero

más”, te dijo una mañana con un aire de broma, y tú soltaste una carcajada. Te reíste porque sabías que el querer del que hablaba era otra cosa. Ahora, papá dependía forzosamente de ti, y tú lo sabías. Había días en que lo sorprendías llorando y te confesaba que quería morir primero. Sentías que no te podías morir porque él se desplomaría.

Te reíste y no le explicaste lo que sentías porque no querías molestarlo. Sacabas fuerzas desde lo más hondo de tu ser para mantenerte en pie y ayudarle en este difícil trance de su vida. Asumiste un rol de entrega sin límites a papá, sólo ligeramente reprochable por tus juicios en torno a su pasado. Tus reclamos eran fugaces pero agudos. Mientras te movías lentamente en tu mecedora te anclabas en viajes pretéritos y recorrías con nostalgia y mucha tristeza la historia familiar. Tu pasado no estaba poblado de flores. Los recuerdos te oprimen con mucha fuerza.

Poco a poco, ahora que estamos adultos, te has atrevido a abrir las tapas de las ollas donde has guardado tus dolores y rencores, y un poco de aire ha vuelto a oxigenar tus días. En esos ires y venires de la memoria, te acuerdas de que él logró vincularse nuevamente con las petroleras de los holandeses, al otro lado del gran río, en campo Casabe, frente a Barrancabermeja, después de que perdió el empleo con los gringos de la Tropical porque no había logrado ajustar su vida de hombre del campo a las exigencias crecientes de los nuevos ritmos temporales de la naciente empresa. Lo habían despedido por llegar reiteradamente tarde. Los holandeses también habían llegado a la región buscando petróleo, y habían construido, frente a Barrancabermeja, en la zona de Antioquia, un gran dique para proteger, de la fuerza del gran río, el campo de oro negro descubierto. También habían levantado el complejo habitacional

más novedoso y sofisticado para sus obreros y sus directivos en medio de la manigua. Tú le ayudaste a emplearse con ellos cuando lo obligaste a que se hiciera una operación de las amígdalas para pasar los exámenes médicos que exigía la empresa petrolera Shell. Se convirtió en un shelero, apenas se vinculó con la empresa anglo-holandesa que operaba el campo. Paralelo al crecimiento de Campo Casabe como espacio de convivencia, nacía a la vida jurídica Mamaeco. Fue un parto complejo.

Europa acababa de salir de la segunda guerra mundial y el viejo continente necesitaba reconstruirse. Los ojos de los gringos estaban puestos preferencialmente allí. No se esforzaron al máximo por conservar sus dominios plenos en Colombia y ello permitió que la lucha de los obreros, en el año cuarenta y ocho, contra la Tropical Oil Company, encontrara una circunstancia favorable para exigir que se cumpliera con la reversión del contrato en favor de la nación. Cuando nace Mamaeco, “la colombiana”, como le decían los obreros de los campos de producción que quedaban por los lados del corregimiento El Centro, a la nueva empresa, tú seguías caminando por las polvorientas y calurosas calles de un pequeño pueblo de las sabanas de Bolívar, sin saber que pocos años después vendrías a vivir a la zona más rica en producción de dinero de todo el país. A pesar de la bonanza que surgía desde los pozos y transitaba por los oleoductos hasta Cartagena, a orillas del Mar Caribe, quienes no aprovecharon la ocasión para alzarse con el negocio del oro negro fueron los capitalistas criollos agrupados en la Asociación Nacional de Industriales. Preferían mejor seguir en el comercio de telas, gaseosas y alimentos. Su miopía no les daba para ver la importancia del negocio petrolero. Pero los gringos no iban a perder del todo sus inversiones.

Mamaeco, en la fachada, sería colombiana pero su cuerpo directivo lo iban a controlar los norteamericanos. Se habían tomado el tiempo suficiente para capacitarlos y diseñarlos mentalmente según los intereses del naciente imperio y eso sería rentable en el futuro. Así lo demostraba un acta firmada en el año cuarenta y nueve por el ministro de minas de la época, el señor José Elías del Hierro y el gerente de la Troco, Lionel W. Wiedey. “Con el fin de preparar el personal directivo para el manejo de la concesión después de que se opere la reversión, la Compañía se compromete a ocupar, en forma gradual y progresiva, empleados colombianos en puestos superiores en las distintas dependencias de la Concesión de Mares. Es entendido que la Compañía tendrá libertad de nombrar y remover dicho personal el cual estará sujeto en un todo al reglamento interno de la Compañía; pero esta última procurará aceptar los candidatos del gobierno que reúnan las condiciones reglamentarias de aptitud indispensables para servir los correspondientes cargos, prefiriendo aquellos que el gobierno haya preparado en universidades del exterior con este fin”. Madre, por allí empezó a colarse una élite de familias privilegiadas con el negocio del petróleo. Se empotraron y aferraron con uñas y dientes a la burocracia del Ministerio de Minas para beneficiarse, y terminaron por ser una casta de privilegiados a la sombra del Estado.

Tú me dirás, a esta altura de la carta, para qué te cuento eso, y cómo lo supe. Primero, te lo cuento para que la desmemoria no nos siga acabando, pues hoy, querida madre, una de las plagas que destruye la humanidad, y en especial a las familias, es el olvido. Son pocos los que se fijan en sus raíces. Terminamos por eludir las conversaciones con los adultos porque los apremios del presente nos anestesian ante el pasado. Pero para ti, los días se te tornan luminosos cuando empiezas a contar con fluidez tus historias de

vida. En esos días renaces. Tu prima Tere Hernández, quien se vino desde el pueblo de tu infancia para acompañarte, se ha convertido en tu mejor interlocutora y has logrado llenar el tedio y el dolor de las horas reconstruyendo con ella lo mejor de tu pasado. Lo mismo sucedía con papá. Cuando uno compartía con él sus historias de vida se renovaba. Salía de las cápsulas de tristeza y depresión en que se envolvía por días y se revitalizaba desde los relatos. Las generaciones de hoy no saben cuán saludable resulta escuchar a los mayores. Estos muchachos de hoy, los hijos de la modernidad, hijos del tiempo de la prisa y la fugacidad, creen que la historia comienza con ellos, creen que todo lo sucedido ha sido un cúmulo de errores y deficiencias de sus antepasados.

Eso te explica muchas ligerezas de los nuevos empleados de Mamaeco. Un joven ingeniero de Mamaeco, de esos que entraron a comienzos de los noventa, cuando un presidente de la república nos dijo: “bienvenidos al futuro”, recién ascendido a jefe de una planta en la refinería, le pareció normal quitar una pancarta del sindicato que se encontraba a la entrada de su oficina, y los sindicalistas se le vinieron encima porque consideraron ese acto como una agresión. El jefe no tenía en su agenda de consideraciones respetar los símbolos del sindicato y sin quererlo casó un conflicto con los trabajadores. Eso de pasar por encima de la historia de los demás es fuente de conflictos que bien se podría evitar indagando por los procesos que han precedido una situación. Beber de la sabiduría que da la experiencia es blindarse ante la incertidumbre. Muchas de las cosas que te cuento las sé porque me encontré en la biblioteca del sindicato de los petroleros, arrumados en una mesa, llenos de polvo y amarillentos varios libros: “conflictos en torno a un centro petrolero”, de dos profesores extranjeros, Evans y Romeux, “Historia de los trabajadores petroleros” de Gustavo

Almarío Salazar, “La crisis del petróleo en Colombia”, de Luis Torres Almeyda, y muchos más. ¡Qué bueno hubiera sido, madre, que los nuevos dirigentes sindicales y todos los obreros hubiesen leído esos libros! Pero no, en su mayoría la generación de dirigentes sindicales de los años ochenta y noventa le dio más importancia al discurso fogoso, entusiasta y agitacional que al discurso analítico y eso les llevaría a despreciar la investigación y los análisis. Las nuevas generaciones de obreros y empleados no han aprovechado la buena biblioteca que tienen y eso los ha privado de conocer su historia, en sus grandezas y debilidades. Tanto que te voy a contar que los dirigentes de los años setenta que se agrupaban en Fedepetrol, decidieron organizar un centro de investigaciones sociales y se dieron a la ardua tarea de, grabadora en mano, entrevistar a trabajadores que comenzaron con la Tropical Oil Company. Los buscaron por todas partes. Se metieron en los barrios, se inventaron técnicas de seducción para lograr que los veteranos de la obrería contaran sus vivencias, y lograron acumular el más importante registro fonográfico, no solo sobre cómo se desarrolló la actividad de los obreros en los campos y sobre sus luchas, sino también cómo iba creciendo la ciudad. Pero por esas luchas internas por el poder dentro de la organización, unos funcionarios del centro de investigaciones cargaron con todos los casetes grabados y se los llevaron para Bogotá donde terminaron por embodegarlos para que el polvo del tiempo los disolviera. Y allí están aún.

En esa misma línea de búsquedas te digo, madre, que, gracias al sindicato, que en la alborada de Mamaeco estuvo regentado en su orientación por una central de trabajadores conservadores que eran ayudados por sacerdotes jesuitas y, gracias también al valor del petróleo como producto de las exigencias de reconstrucción

de Europa, que acaba de salir de la segunda guerra mundial, las finanzas de Mamaeco permitieron que el sindicato en sus negociaciones, lograra buenos salarios, el subsidio familiar, subsidios educativos, de vivienda, recreación, alimentación y créditos. Tú eso no lo sabías. En la mayoría de los folletos y textos que recogen apartes de la historia de las luchas sindicales se oculta esa circunstancia de la participación de los curas en la orientación reivindicativa en favor de los obreros. La Iglesia Católica tenía en su agenda un especial interés por la cuestión social y en particular la situación en que vivían los obreros. Los escribanos oficiales del sindicato no registrarían en sus anales los nombres de hombres y mujeres que alimentados en la doctrina social de la Iglesia y las encíclicas papales también libraron combates contra la explotación y lucharon por mejorar las condiciones de existencia de sus compañeros de trabajo. Hoy andan por ahí por las calles, anónimos y desconocidos. Algunos de ellos son conocidos en nuestra casa por razones de paisanaje.

¿Te acuerdas de Gregorio Castro Iriarte... el de Galeras, quien fue el primer presidente del sindicato montado por los jesuitas cuando nació Mamaeco? ¿Sí?. Bueno, antes de ser presidente, Gregorio estuvo bajo la influencia del sindicato de orientación nacionalista. Por allá, por el año 48, el mismo año en que mataron al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán; en la huelga de ese año, Grego, como le decían sus hermanas, se abrazó junto con otros huelguistas a la llave de un oleoducto que estaba ubicado por los lados de Puerto Galán, para evitar que los gringos siguieran bombeando el crudo hasta Cartagena, para luego mandarlo a New York.

Allí recibió una golpiza de la policía nacional. Después, Grego, fue seducido por el lenguaje de la propaganda de acción social de

la Iglesia Católica y empezó a recibir orientación de la Unión de Trabajadores de Colombia. Se destacó en los cursillos que hacían en la sede del naciente Seminario San Pedro Claver y eso le permitió ser elegido el primer presidente del nuevo sindicato de la refinería cuando nació Mamaeco. En su escalada de dirigente llegó hasta Roma a entrevistarse con el Papa Pío XII, Eugenio Pacelli. ¿Te acuerdas que sus hermanas llegaban a la tienda del abuelo a decir: “Grego, ahora está en Bruselas”? Él, junto con otros, Roque Julio Vargas, quien iría hasta España como delegado obrero de Colombia al III Congreso Sindical Ibérico, Heriberto Ortega, José María Polo, Carlos Castilla, Ovidio Pontón, hicieron parte de una generación que con el tiempo seguiría en las lides sociales y políticas, pero por fuera del reconocimiento de los sindicalistas de orientación izquierdista que llegarían después a la dirección de la organización gremial.

Los dirigentes obreros antigobiernistas siempre han resaltado en sus luchas la denuncia de la presencia norteamericana en el manejo de los recursos naturales, y eso explica, entre otras razones, las acciones de fuerza contra el sindicato cuando han hecho del nacionalismo su bandera, como esa de haberse llevado, amarrados a un cepo, a todos los miembros de la junta directiva en un buque la noche anterior al nacimiento de Mamaeco y con lo cual se facilitó la toma del sindicato por parte de la nueva corriente conservadora orientada por los jesuitas. ¿Te das cuenta, madre, cómo fue de doloroso el parto que tuvieron que vivir los dirigentes sindicales no gobiernistas, la noche anterior al nacimiento de Mamaeco?

Desde 1951, ésta se convertiría en la empresa más importante para las finanzas públicas del país, pero los estrategas oficiales se guardaban de no dar a conocer las cifras de lo que ella representa-

ba. La gallina de los huevos de oro no era mostrada al público en sus bondades sino solamente cuando los obreros declaraban una huelga. A la sombra del negocio del oro negro surgieron especies de profesionales como los llamados abogados petroleros que describiera Jorge Villegas en su texto, “Petróleo, Oligarquía e Imperio”: “se les encuentra siempre trabajando desde las más encumbradas posiciones, bien a la luz del día o bien entre las sombras, aunque sin confesar sus verdaderos designios. Es un personaje que emplea su cerebro y su pasión a favor del engrandecimiento de las compañías extranjeras, y que, por unos cuantos doblones, que van a parar a sus bolsillos, lucha y goza con el envilecimiento de la patria”. Al lado de esos abogados petroleros, en la capital surgió todo un enjambre de familias que vivían de los grandes contratos que empezaría a realizar Mamaeco en su programa de expansión. Tanto, querida madre, ya te lo había dicho, que crearon un fondo especial de becas del Ministerio de Minas y Petróleos, sólo para los empleados del Ministerio y sus familiares, para atender al sostenimiento de becas en el exterior. ¿Y sabes cómo se alimentaba, y aún se alimenta ese fondo? Con la suma de un tercio de centavo de dólar de cada barril de petróleo obtenido en la explotación. Era y es ventajoso trabajar en el Ministerio de Minas, en razón al petróleo que saca de las entrañas del subsuelo; pero eso no lo sabíamos. Esas familias, parásitas de la riqueza que genera el oro negro, se rascaban y se rascaban la cabeza de preocupación cuando se declaraba una huelga. Así sucedió siempre mientras las huelgas se las hicieron a la Tropical. Ahí sí corrían los diarios capitalinos, fabricantes de opinión pública, a cubrir lo que pasaba en el gallinero del oro negro. Mandaban sus mejores corresponsales a cubrir el evento y contrataban los mejores columnistas de opinión para que destilaran veneno contra los obreros petroleros y sus dirigentes.

Desde ese entonces quedamos con la marca de ser unos tropeleros y radicales. Ser de Barrancabermeja era un estigma, tú lo sabes. Para quienes laboraban en los pozos de producción, las líneas de oleoducto y la refinería, la petrolera lo era todo. Igual pasaba con los obreros que trabajaban al servicio de la Shell. En estos su dependencia era aún mayor. Vivían como aislados del mundo. En Campo Casabe, había sido construida la más grande y bella sala de cine de todo el país por la empresa anglosajona Shell Cóndor, y allí llegábamos, cruzando el río, desde Barranca, los hijos de los sheleros, a ver las mejores películas de Hollywood. El cine era la ventana al mundo. Entre los empleados se respiraba un ambiente inglés, reflejado en los gustos por la música y el tipo de modas al vestir. Todo, en el mundo de las petroleras, era comodidades y progreso. A ninguno de los dos lados del río estaba en la agenda de los obreros petroleros ahorrar para tener una vida independiente. Un sentido de dependencia económica absoluta de sus salarios y prestaciones se incubaba peligrosamente en su visión del mundo. Bastaba el esfuerzo de laborar en la empresa. Desde afuera, quienes no estaban vinculados con la economía del crudo los llamaban oligarcas de overol. Y la verdad es que nació como un sentido de exclusivismo entre los petroleros.

Madre, ¿tú te acuerdas de José Domingo Reyes, quien fue alcalde de la ciudad por los años sesenta? Reyes era uno de los más grandes propietarios de tierra de la ciudad y eso lo llevaba a tener un sentido de pertenencia bien arraigado por la suerte del puerto. La sensibilidad de los petroleros, y sobre todo de los directivos era tan alta frente al resto de los ciudadanos, que no aceptaban que se hablara mal de Mameco. Se alborotaban. Eso lo vivió José Domingo, quien, en una reunión del Club Rotario, al que pertenecía, denunció la contaminación del aire por la quema de los gases que salían de las teas de la refinería. Y para qué fue eso: ¡todos los rotarios que

trabajaban en la refinería se retiraron del club!

Las petroleras han sido el negocio más importante para quienes no trabajan en ellas. Los primeros en beneficiarse fueron los policías y oficiales que cuidaban las instalaciones de la empresa cuando ésta estaba en manos de la Troco. Cuando en el país, a mediados del siglo pasado, había tres tipos de policía: los municipales, que vestían de azul y blanco, los departamentales, que vestían de color caqui, y a los nacionales, que vestían de verde, les dieron la tarea de proteger la concesión de los gringos. Desalojaron a los colonos que estaban allí, con títulos legales acreditados por el gobierno, desde antes de la llegada de los hombres del norte; pues la idea era no generar tensiones internas con los propietarios del crudo que existía en el subsuelo. Para ello se trajeron al coronel Martiniano Valbuena quien en sus “Memorias”, muchos años después, revelaría su misión de proteccionismo especial a favor de los petroleros norteamericanos. Cuando se nacionalizó la empresa, los de verde quedaron con la idea de que su única tarea era “proteger los hierros” y no meterse en asuntos de los ciudadanos, salvo cuando éstos atentaren contra los intereses de Mamaeco. Lo mismo se les decía a los oficiales del ejército. A los policías, en virtud a ese rol, les tocaba de la misma comida que repartían en abundancia en los casinos, y eso ya era una ventaja frente a los otros policías y soldados. De allí que en las primeras huelgas los de verde siempre estuvieran del lado de la empresa y los otros del lado de los trabajadores. Los privilegios gastronómicos y habitacionales marcaban la diferencia hasta que ya sólo quedaron los de verde al servicio de Mamaeco. Con esas preferencias se cebaron, y algunos oficiales de verde aprovechando sus privilegios serían los primeros en empezar a hurtar gasolina del poliducto. La historia del teniente Pizano de la policía, circulaba en los corrillos políticos y sindicales como

expresión de astucia en la convivencia delictiva: hay derecho a robarse tres carrotanques y distribuirlos en forma equitativa: uno para la policía, otro para el ejército y otro para la guerrilla. Todos ganan. Comenzaban los años setenta y la producción de gasolina era abundante. Decenas de carrotanques circulaban en las noches por las vías polvorientas de los campos que circundaban la naciente ciudad llevando en su vientre miles de galones de gasolina robada. Gracias a la leche hurtada de Mamaeco, crecieron fortunas entre sectores de la oficialidad del ejército y la policía que tenían por tarea cuidar los hierros de quienes querían alterar el orden público. No había nadie que denunciara el asunto.

Otro importante sector que se benefició, en principio, fue la Iglesia Católica, representada en la comunidad jesuita, por aquello de que el puerto petrolero, era parte de un territorio de misiones asignado a esta comunidad por disposición papal y gubernamental desde el siglo XIX. A pesar del espíritu protestante que religiosamente tenían los gerentes gringos, comenzando el proceso de explotación del crudo, éstos le dieron a los jesuitas la tarea de educar, desde los púlpitos, a la masa obrera presa de la lujuria y el ron, y desde las escuelas a los hijos de los obreros. Los gringos, en compensación, entre otras contraprestaciones, ayudaron con sus ladrillos a construir la catedral del puerto y algunas parroquias de la región. ¿Te acuerdas, madre, del padre Rosero, el párroco de la iglesia Palmira? Bueno él les pidió una torre de esas de perforación para hacer un campanario. Y se la dieron. Desde allí suenan aún las campanas de la parroquia Nuestra Señora del Carmen a la que terminaste yendo. Lo que nunca se imaginaron los directivos de Mamaeco con el padre Rosero fue su proceso de solidaridades con la lucha de los pobladores y los obreros, al punto de declarar en una misa, luego de terminar una batalla en las calles contra las políticas de carestía

y represión gubernamental que la Virgen del Carmen también era revolucionaria. Fueron y han sido tan importantes los jesuitas en la región que lograron que el primer obispo de la diócesis, aún contra el mandato interno de su comunidad de aceptar cargos, fuese uno de los suyos. Se llamó monseñor Bernardo Arango Henao. A él también acudiste: le fuiste a pedir que te ayudara con algo de plata para el pasaje en tren, el día en que yo iba a empezar estudios en la universidad, porque la de papá no alcanzaba.

Madre, la guerrilla también sacó buen provecho de la bonanza petrolera. Los grupos armados que circundaban los campos de producción, para los años en que la guerrilla tenía un sugestivo proyecto de redención social, querían seducir a los obreros para que los acompañaran en esa causa. Eran los días del padre Camilo Torres Restrepo, el sacerdote que se alzó en armas contra la explotación y la injusticia. Los elenos, como los llamaban, y quienes eran los más nombrados en la zona, primero recibieron en solidaridad el transporte y el lonche de los obreros encargados de hacerle mantenimiento a los pozos, y, luego, producto de su labor proselitista, empezaron a recibir adhesiones y apoyos logísticos de todo tipo. En las filas de la guerrilla había comandantes nacidos en el puerto petrolero y eso generaba simpatías entre sus amigos. Ricardo Lara Parada, el hijo de la afamada modista Ulda, era uno de ellos. Existía una complicidad de aldea con los alzados en armas que tenían sus afectos en la región. Otros no sabían que sus amigos eran miembros de la red urbana. Tú y mi padre, sin saberlo, visitaban a un paisano del que ustedes no tenían ni idea de que era el más importante cuadro de contacto de los elenos entre los trabajadores del distrito de producción. Después, cuando el modelo redentorista de la guerrilla se destiñó, porque entró en crisis la lucha armada en los campos como forma principal de lucha ante la creciente urbanización del

país, los de la guerrilla le quitaron el negocio de la gasolina robada a los oficiales de verde que se lucraban de la venta clandestina. Por esta ruta empezaron a fortalecer sus finanzas. Pero no solo eso, con la complicidad de algunos empleados de la petrolera, empezaron a condicionar la adjudicación de contratos de obra civil a favor de ciudadanos que, a cambio de un porcentaje para el jefe del frente guerrillero, terminaban por ser los únicos beneficiarios de la contratación. Víctima de esa perversidad serían dos operarios del distrito de producción El Centro, Germán Larrota y Germán González, a quienes se llevó la guerrilla comenzando los noventa. Habían tenido el valor de denunciar el torcido y los acusaron de ser soplones y auxiliares de la fuerza pública. Quedarían en manos del frente eleno Capitán Parmenio. El mismo frente que les brindaba solidaridad al sindicato en sus momentos álgidos de lucha y que recibía orientación ideológica de algunos intelectuales de la región a través de seminarios y conferencias. Allí, secuestrados, serían humillados sin piedad por el comandante Timo, jefe del frente. Muchos años después el Timo se volaría con la plata de los secuestros, las extorsiones, las vacunas contractuales, y se dedicaría al negocio de la droga. Cuando el gobierno lo pescó en un retén por los lados de El Llano, para salvar el pellejo, dijo que tenía una información valiosa y empezó a denunciar a los sindicalistas que en el pasado le habían ayudado. Varios fueron arrestados por la confesión del excomandante Timo. A pesar de la desertión del Timo, la guerrilla encontró en el negocio de la gasolina un sustituto a la escasez de sus finanzas por la vía del secuestro. Empezaron a vender gasolina hurtada a los distribuidores minoristas de la región. A un reconocido distribuidor de combustible una noche lo acorralaron: “allí le dejamos una mula con gasolina, vale doce millones, venimos por el billete en quince días. Esperamos que cumpla”. El comerciante

no cumplió y le llenaron la cabeza de tiros. Así harían con otros comerciantes, sin piedad alguna. Empezaban a emborracharse con el hurto de combustible. Cuando la plata de la gasolina empezó a llegar en cantidades a las filas de la guerrilla urbana había como pagarles salario a los milicianos. La guerrilla se convirtió en una forma de generación de empleo para decenas de jóvenes de la ciudad que no hallaban empleo en las entrañas de Mamaeco, ni en las oficinas públicas. Ahora la gasolina robada subsidiaba la existencia de la guerrilla y le daba a la muchachada dinero para venir cada seis meses al puerto petrolero a bailar y tomar cerveza. El dinero, las armas y el reconocimiento como hombres y mujeres de poder en sus barrios de origen unido al creciente dominio en las zonas donde no llegaban los de verde crearon las condiciones para su descomposición.

En los barrios marginados del progreso y abandonados de la vigilancia policial optaron por ejercer presión sobre las comunidades y luego sobre los comerciantes. Los mandos medios de la guerrilla urbana empezaron a hacer ostentación de su poder en las pequeñas tiendas donde se reunían para recibir quejas y reclamos de los pobladores que luego ellos resolvían por vía de fuerza según sus formas de valorar la vida. En esa ruleta de incertidumbres empezaron por matar al primer excomandante guerrillero reinsertado a la vida civil: Ricardo Lara Parada. Frente a Ricardo, los dirigentes máximos de la guerrilla en los años ochenta, un sacerdote español y un campesino santandereano, tenían una cuenta que cobrar. Decían que era parrandero, mujeriego y bebedor de ron. Decían que era de doble moral. Sus autocríticas no lo salvaron de ser asesinado por dos sicarios de la guerrilla al entrar a la casa de su madre. No sería el primero. La lista la engrosaron reconocidos dirigentes gremiales de la ciudad petrolera: Rafael Fernández Fernández,

el primer alcalde elegido por voto popular, el presidente de la asociación de Ganaderos, Alipio Ortiz, el comerciante Clímaco Ramírez y, luego a incontables jóvenes que eran acusados de sapos, auxiliares del ejército, cuando en el fondo lo que existía eran venganzas personales, en unos casos por faldas en otras por enemistades familiares. El atentado, el secuestro y el asesinato se pusieron al orden del día. Un 2 de julio de 2000, antes de las seis de la mañana, don Gustavo Sanabria, propietario de un estanco de licores en el puerto fue asesinado en su establecimiento de comercio, de un disparo a quemarropa, por un joven guerrillero que le exigía una botella de aguardiente sin pago alguno. ¿Te acuerdas de don Gustavo, que trabajó en la Shell con Papá? ¿Sí? ¿El padre de Fernando Sanabria, aquel ingeniero de petróleos que para los días del asesinato de su padre ya trabaja con una multinacional gringa, la EXXON y quien fue uno de los mejores bachilleres del colegio Diego Hernández de Gallegos, junto con otros dos muchachos de familias humildes, no petroleras, como lo fueron Eberto Tapias y Augusto Romero Arroyo? Todos ellos en sus estudios y profesiones serían brillantes. De los tres, el hijo de don Gustavo se iría a recorrer el mundo con la multinacional petrolera y eso lo llevó un diciembre, cuando estaba de vacaciones en Barranca, a decirnos que su patria era la multinacional. Eso no lo entendimos en ese momento pero con su comentario nos estaba anticipando que se le venía al país para encima con el poder de esas empresas. Bueno, don Gustavo, esta vez se negó a satisfacer las crecientes pretensiones de los jóvenes ebrios de poder.

El terrorismo como argumento, vencería la idea de justicia social que estaba en las raíces del proyecto redentorista de los elenos que conocimos cuando éramos jóvenes. Sin embargo, en la superficie de su discurso, ellos seguían posando de solidarios con la causa

nacionalista de los obreros y eso los libraba, momentáneamente, del juicio por sus desmanes. Quien no se tragó entero el asunto de la defensa de los intereses nacionalistas por parte de la guerrilla, fue un dirigente sindical, simpatizante de ellos. En un congreso petrolero, donde se buscaban fórmulas para fortalecer a Mamaeco, ese dirigente le dijo al gobierno que al galón de la gasolina le colocaran un pequeño incremento para crear un fondo de exploraciones petroleras que le permitiera a Mamaeco tener recursos abundantes para emprender esa tarea. La dirigencia guerrillera rechazó la propuesta, en un comunicado, argumentando que así se fortalecerían las finanzas del Estado y con esos dineros se comprarían armas para atacarlos a ellos, y eso era entonces peligroso para la existencia de la guerrilla. El dirigente se les puso furioso y les dijo que si lo que querían era un país en ruinas para hacer la guerra que le metieran una bomba a la refinería y se solucionaba el asunto. Los cuadros de mando de la guerrilla lo declararon, por su postura irónica, un adversario peligroso. Oponerse a las ideas de la insurgencia guerrillera era riesgoso pues sus extremos eran claros, en ese momento: liberación o muerte.

Igualmente, querida madre, los políticos y funcionarios públicos que recibían las regalías y los impuestos del petróleo en abundancia, y no eran objeto de control fiscal, también lograban esquilmar el presupuesto público con destino a sus arcas privadas. Su felicidad con las rentas municipales los llevaba a guardar silencio ante las decisiones de la petrolera contra el futuro de la naciente ciudad. Cerraron la boca cuando los directivos de Mamaeco construyeron una represa para aumentar el volumen de agua de la gran ciénaga y utilizarla en sus instalaciones industriales, sin prever lo que pasaría a futuro con el lecho del depósito de agua que servía de fuente para el consumo humano. La ciudad no existía para esos

directivos de la petrolera. Ellos eran aves de paso en el puerto. En su mente y su corazón solo existía el gran complejo industrial. Así ha sido siempre. Alguna vez un alcalde, doblegado ante el poder de la petrolera, en una reunión pública, para probar que el agua de la ciénaga no estaba contaminada por los desechos industriales, abrió un grifo y llenó un vaso con agua. De un trago se lo bebió y en presencia de todos sentenció: es saludable. Para el alcalde de turno no importaba que los estudios de los ambientalistas de una prestigiosa universidad de la región demostraran la existencia de contaminantes peligrosos para la salud humana. Mentalmente estaban colonizados por el poder de las teas. Los políticos y funcionarios públicos terminaron por acostumbrarse a los dictámenes de la gerencia de la petrolera; y no era para menos. En sus clubes y casas de huéspedes se hacían las reuniones más sensibles sobre la suerte del municipio.

La renta del oro negro permitiría, desde el momento mismo de la formación del municipio, el nacimiento de una clase política parasitaria local, sin visión en torno al valor de la economía petrolera para el desarrollo de la ciudad y la región, pero avezada en sacarle provecho a las finanzas públicas para beneficio personal o grupista. A la sombra de la defraudación, crecerían fortunas y surgirían a la vida social dirigentes astutos para enriquecerse y cerrados para potenciar una mejor ciudad.

En esa pléyade de beneficiarios de la economía del oro negro, las coperas de los bares, que satisfacían los caprichos de la obrería cada fin de semana, y a quienes más de una vez enfrentaste cuando te enterabas de que estaban de andanzas con mi padre, también terminaron por aprenderse la fecha de los pagos en la empresa para organizar su trabajo sexual con rendimiento y a diferenciar el color

de los fichos distintivos entre las empresas. Los amarillos eran los de Mamaeco, los de verde eran los de McKee, y éstos recibían más dinero, eso les daba una señal para el cobro de sus servicios. La economía del tráfico de goces carnales venía desde la época de la Troco. Cuando llegaba, desde los campos de perforación, el tren, con su carga humana de obreros con hambre de sexo, al puerto petrolero, el rumor se extendía: “llegaron los marranos”. El degüello de las finanzas de la obrería duraba unas cuantas horas cada fin de semana. Directivos y obreros se unían en torno a una mesa de cantina. Allí desaparecían las jerarquías. En la noche se apostaba a quién lograba ser mejor macho. Obreros había que ganaban a su jefe la partida de conquista de hembras en el bar pero que al día siguiente la perdían en el puesto de trabajo: los sancionaban en el menor de los casos y en el peor... los echaban. Pero no solo las trabajadoras sexuales se lucraban del salario petrolero. Las hermanas menores de las queridas, que muchos obreros tenían en los barrios pobres, igualmente participaban de la vendimia. Mientras las muchachitas quinceañeras se iban con sus amigos a comer helados con la propina que les daba el obrero o el empleado, éste se iba unas horas a un motel a gozarse a la hermana mayor o a la tía. Había muchachas que descaradamente se pasaban por las casas de los obreros y se levantaban la blusa delante de sus esposas y les enseñaban el vientre abultado por el embarazo y les decían: “este que viene es de tu marido”.

El provecho de la vida económica de la empresa también cubría con sus bondades a los comerciantes del pueblo que ponían los precios por las nubes, porque el salario de los obreros y empleados aguantaba con la carestía. Turcos, paisas y zapatocas, levantaron sus tiendas y almacenes a punta de créditos a una masa obrera, hambrienta y sedienta de mercancías de todo tipo. Papá, no fue la excepción. Se montó en la ruleta de comprar cuantos discos de

sello tropical salían al mayor proveedor de música que había en el puerto: Garibaldi Fuentes; y que luego nos servían de fondo musical los sábados y los domingos para organizar improvisados bailes en casa o en la de mi tío Reynaldo, a donde también iban a azotar la baldosa mi padrino Elí Solorzano, con alguna amiga de ocasión y tu concuñado Rodrigo Herrera.

Pero, ¿sabes que de esas rumbitas quedaría algo bueno? Los barranqueños, como nos llamaban por fuera de la ciudad, eran y son los únicos habitantes de Colombia que en materia de música oímos y bailamos con el mismo placer cualquier tipo de ritmo. Estamos prestos a bailar un merecumbé, un vallenato, una salsa, un porro o un joropo. Podemos oír al francés Charles Aznavour con la misma delicia que escuchamos a Celio González, el bolerista de la Sonora Matancera, al guitarrista Jorge Santana o el ritmo de tamboras interpretado por Las Hijas de la Doña Diana. Tú por ejemplo, cantas cuando estás alegre, bambucos, boleros y rancheras. Somos, sin saberlo, habitantes del país de la música e inquilinos de los salones de baile. Somos esencialmente lúdicos, gozones, expresivos, amantes a la buena vida; por eso, los vendedores de motos y carros hicieron circular la creencia, entre los obreros y los empleados, de que tener y cambiar vehículo, cada cuatro años, era un placer que daba mayor estatus. Con esa creencia muchos abandonaron la bicicleta como medio de transporte para ir al trabajo y bien pronto esos vendedores lograron igualmente crecer en riqueza con los salarios de los obreros. Y, -porque también fuiste víctima de ellos y después practicante en pequeña escala del rentismo-, sabes que los prestamistas que con el dulce diez sacaban de aprietos a los obreros cuando se alcanzaban con el salario, también surgieron como un sector especial al lado de la economía del oro negro.

Los ingresos de los petroleros llegaron al punto que daba hasta

para comprarle el mercado a la moza. Historias conociste de trabajadores que al momento de llegar a la casa bajaban del carro el mercado que no era. El de la querida tenía bocadillos, quesillos y enlatados; y el de la casa, panela, algo de queso costeño, salchichones y mondongo. Con el tiempo, las prestaciones convencionales dieron hasta para amparar los hijos naturales con servicios médicos y educativos y hasta los hijos e hijas de nuestras hermanas madres solteras se convirtieron en medios hermanos por vía de adopción. La vida era pródiga y suave para los hijos de Mamaeco. No había de qué preocuparse. Lo que no se conseguía de contado se conseguía con las cooperativas de crédito y consumo. En ellas, los petroleros sacaban la ropa de los diciembres por cantidades. Allí se conseguían los estrenes, las bicicletas, las licuadoras, las estufas, las vajillas, y todo, al fiado. Y quedó la costumbre del descuento por nómina. Qué gracioso era ir a una fiesta y encontrarnos cinco pelaos con la misma camisa porque los encargados de las compras lo hacían por lotes y terminaban por uniformarnos sin saber. El presente era tan próspero que la idea de futuro no existía. Quienes sí tenían que trabajar duro y diariamente eran quienes estaban por fuera del circuito constante de la economía petrolera. La gente del rebusque. Los que habían venido por centenares a buscar empleo y se habían tenido que conformar con una que otra oportunidad. Los que estaban por fuera de la malla, al otro lado de la estación del ferrocarril, viendo que los que vivían bien eran otros, también terminaron por pegarse al tubo de gasolina para sobrevivir.

De ese festín de la economía petrolera tú no participaste. Bastante tenías con atendernos y responder por la casa y no estabas dispuesta a que una cualquiera viniera a apropiarse de los ingresos de papá. Tú no pensabas como Rosario del Valle, otra mujer esposa de un petrolero y quien tenía un singular sentido de su vida de pareja. Ella

decía que su marido tenía tres vidas. La vida de la refinería, donde no podía entrar sino su marido. La vida de los bares y la música, que era la de él y la de sus amigos. Y la vida de la casa, que era donde él tenía que cumplir. Tú no. Tu marido debía serlo en todos los frentes. Por eso tomaste la decisión de no montarte nunca más en la camioneta que tenía y en la que se desplazaba en las horas de no trabajo con los amigos y la mujeres de vida alegre. Pero tu decisión fue acompañada de un gesto contundente. Sabiendo que él dejaba la camioneta estacionada en el parqueadero del más grande hotel de la ciudad, a orillas del río, aprovechaste la oportunidad, una mañana, mientras él se desplazaba al otro puerto, frente a la ciudad, donde trabajaba con los holandeses, y le escribiste con pintura roja sobre el fondo blanco de la camioneta: “este carro es sólo para putas”.

No te dio miedo que todos sus amigos se enteraran y que toda la gente que entrara al hotel se asombrara con aquella sentencia. Ya habías tenido bastantes combates físicos con él, y uno más no te asustaba. Habías tenido el más duro de ellos, hacía unos meses, un mediodía de fiestas del petróleo, cuando él se levantó aún atrapado por los efectos del aguardiente y al verse en el espejo descubrió que le habían cortado la mitad del bigote y el copete de su cabello del cual mucho se ufanaba. Apenas se vio agredido en su vanidad soltó una expresión soez y se vino a buscarte. Presa de la ira te tomó del cabello y te enganchaste con él. Fue gracias a mi llanto y al de mi hermano que el asunto se calmó. Por esos días, sentías que estabas en el deber de cuidar tu macho. Bien te habías comportado como madre y mujer para aceptar sin protesta la vida licenciosa de papá. Los combates seguirían con mi padre y serían mis hermanos menores quienes soportarían y saldrían en tu defensa.

Considerabas injusta la conducta de papá contigo como esposa, madre y mujer. Recién casada, y mientras papá trabajaba largas horas en las petroleras, recibías el acoso de otros varones que se extasiaban con tu belleza. De ellos uno se llevó una sonora cachetada en el atrio de la iglesia, donde ibas a misa los domingos por la mañana. El hombre vivía al frente de la casa. Era compañero de trabajo de papá. Dotado de una fluidez verbal y la habilidad del vendedor paisa, se acercaba a la casa a ofrecer mercancías cuando papá no estaba, pero ese era el pretexto. El hombre no sabía que tú venías de familia de comerciantes y que desde niña conocías la psicología del vendedor. Cuando consideró que la casa no era el lugar más adecuado para la conquista, te esperó a la salida de la misa y te invitó a tomar un refresco. “Usted lo que necesita es una cachetada para que respete”, fue tu respuesta. El hombre se espantó para siempre. No tolerabas las infidelidades, y desde esa perspectiva, no admitías por ningún motivo las conductas de papá. Te producían asombro las historias de infidelidades de algunas mujeres con sus esposos. “Yo no soy de las que se va a conseguir un caimán”. Eso de que muchas mujeres hubiesen buscado otro varón con quien enternecerse ante la frialdad de los maridos que creían que con darles la plata bastaba, no era asunto que aceptarás por ningún motivo. Creías que te portabas bien con papá, en todos los roles y eso te merecía respeto. Por fortuna papá no era grosero contigo. No te agredía de palabra, ni te despreciaba, ni te ridiculizaba, ni te forzaba al sexo, a diferencia de otras mujeres que tuvieron que abrir las piernas bajo la agresión y el salvajismo de sus maridos infestados de alcohol. De eso te sentías orgullosa: papá nunca te violó. Su buen sentido del humor decoraba buena parte de las conversaciones en casa y tú participabas de las sesiones de chistes que, a veces, los fines de semana se desarrollaban en casa con algunos compañeros de trabajo.

Por eso cuando te enteraste de que papá había tenido un hijo por fuera del hogar, el mundo se te transformó. Sentiste que todo tu esfuerzo de madre y mujer había sido en vano; pero la carga de los hijos era demasiado grande como para dar un combate de separación definitivo. Tú no hiciste lo de otras que, apenas supieron de las andanzas del marido, se vengaron consiguiéndoles reemplazo pero sin dejar la casa. Tampoco decidiste ni propiciar ni aceptar una separación. Ya no había tiempo de volver atrás, ni de buscar nuevas opciones. Dependías en un todo y por todo del salario de papá. Además ya estábamos mayorcitos y tu esperanza éramos los hijos. Nos habías educado como mejor creías. Con sentimientos religiosos, solidarios y amantes de la lectura. El rosario lo rezábamos cada noche, guiados por un sacerdote que hablaba desde Radio Sutatenza. Los fines de semana nos llevabas, de vez en cuando, a repartir ayuda entre las gentes más pobres, y cada vez que la faena de la cocina y el lavadero te dejaba tiempo, nos leías o recitabas salmos y poemas que te habían enseñado en la escuela.

Empezaste a distribuir tu tiempo entre tenerle la comida y el desayuno a papá cuando llegaba o salía para el trabajo, y fraguar nuestra crianza. Cada día tenías menos tiempo para ti. Los quehaceres de la casa no te permitían tomar la mejor parte para tu desarrollo personal como lo sugiere el evangelista Lucas, en su conversación con Marta, la hermana de María. Tu vida social se redujo a llevarnos a la escuela, al hospital para revisión médica, a la iglesia los domingos y a asistir a las reuniones de padres de familia. No tenías tiempo para más nada. Tu tiempo éramos nosotros: la prole. Si acaso había algo distinto qué hacer, era escuchar las historias de la cuadra donde vivíamos mientras barrías la calle con las vecinas. Eran historias de barrio que volaban en los comentarios del vendedor de leche o el tendero de la esquina.

Nuestro acceso al colegio trajo consigo los primeros traumas. Los vendedores de caramelos se apostaban a la puerta de las escuelas y nos seducían con dulces y papelitos. La plata que nos daban para el recreo la gastábamos coleccionando figuritas pintadas en papel. Un día tomé, sin permiso, la plata que tenías destinada para comprar la leche y la gasté en caramelos. Fuiste hasta la escuela. Me encontraste los bolsillos llenos y averiguaste donde los había comprado. Arrancaste con lo papelitos de figuritas en la mano hasta el sitio de venta y allí increpaste al dueño. “No sea atrevido, no engañe a los niños con papelitos. Devuélvame la plata que es la de la leche”. Mi segundo hermano estaba empezando su bachillerato y te informaron que había perdido el año. Fue algo inesperado. Durante toda la primaria se había distinguido en sus estudios. Y ahora estabas frente a una cruda realidad. Había dejado de asistir a clases en los dos últimos meses sin saber por qué. Fue necesaria la ayuda de un psicólogo años más adelante para saber las razones de su apatía. Un profesor lo había sacado de clases por su insistente preguntadera y lo había sometido a una burla ante sus compañeros. Mejor dicho, le asesinó la curiosidad. Tu impotencia para entender en el momento oportuno el asunto, te llevó a dedicarme más cuidados como estudiante a mí, por ser el mayor, sin saber que con ello establecías una dolorosa distinción con mi hermano. Del asunto nos dimos cuenta cuando una mañana se me perdieron los lentes. Los buscamos por todas partes, y un presentimiento tuyo te llevó a pensar que mi hermano los podía tener. Me dijiste donde se encontraba y fui hasta el consultorio médico donde el esperaba una cita. Allí estaba él con mis lentes puestos. “Esos son mis lentes”, le dije. Me los entregó sin explicación alguna. Papá, salía a la calle con sus lentes Rayban, para protegerse del sol y relieves su sentido de hombre chévere. Eso le daba un toque de singularidad. Tener lentes daba la sensación de distinción. Tú le contaste al psicólogo.

Muchos años después, me dijiste lo que el psicólogo te dijo: “el hermano menor quiere imitar al mayor”.

No pude entender en su momento las razones. Yo ya había empezado a darte guerra. Desde muy joven me había metido al consejo estudiantil del colegio y en un grupo de jóvenes católicos de la parroquia. Participaba activamente en las reuniones y asambleas con mis discursos fogosos. Mi vida social de joven estaba poblada de reuniones, seminarios, foros, cursillos, encuentros, charlas nocturnas, asambleas y discusiones. Por la casa empezaron a circular otros pelaos como yo hablando a toda hora de cambio y transformación. Fuera de las salas de nuestras casas, la sede del sindicato de los obreros petroleros, donde había una biblioteca, la mejor y más actualizada, nos servía de espacio de alimentación ideológica. Con ocasión de un paro en el colegio de varones, el populoso Diego Hernández, y que contaba con la solidaridad del colegio de mujeres, el Técnico de Comercio, íbamos a organizar un bloqueo a la entrada de la jornada escolar. Todo estaba planeado para que fuera al amanecer. La noche anterior me acosté bien temprano, pero a tus oídos llegó el alarmante comentario de que íbamos a quemar, con una prima mía, destacada dirigente del colegio, los laboratorios de química.

“Este muchacho no se levanta”, le dijiste a la madre de mi prima, doña Pepa. Cuando ya estaba dormido, la muchacha del servicio se acercó a mi cama y trajo una limonada. “Aquí te manda tu mamá”. El refrescante líquido llevaba un somnífero. Con aquella acción impediste que yo me levantara temprano. Ese era tu dominio: el ejercicio de los derechos de madre, no importando el método. Y así hiciste con todos, en muchos casos. ¿Te acuerdas cuando tuviste que salir a buscarle cupo a mi hermano Edgar, porque no lo recibieron

en el colegio oficial por haber participado en manifestaciones de protesta contra el gobierno, por allá por el año 74? Empezaste a buscar de un colegio a otro y finalmente lo aceptaron condicional en el Nariño. Y luego con Jhon, mi hermano menor, cuando lo despidió el rector del colegio San José, el cura Nel Beltrán, porque se quedaron por fuera de clases con otros estudiantes siendo unos polluelos y se los pescaron con una botella de aguardiente en la mano. Para ti no existían fronteras siempre y cuando se tratase de tus hijos y de tu marido.

De eso pueden dar fe los médicos que trabajaban en el servicio de salud de la petrolera cuando, por atender órdenes superiores, encaminadas a practicar la austeridad, empezaron a restringir la prestación del servicio médico, unas veces desmejorando la atención y en otras el tipo de fármacos. En tu bolso siempre llevabas la convención colectiva y la sacabas para justificar tus peticiones. “Esto dice la convención y es la que nos rige, así que sométase a ella”, le decías al médico o al director del servicio. Por tu actitud empezaste a ser temida entre las enfermeras jefes y el personal directivo. “O es que quiere que les traiga el sindicato”, le dijiste un día a uno de los jefes del hospital. Tu fama de exigente se había extendido hasta la gerencia de la refinería y decidieron castigarte en cabeza de mi hermano Hugo. Sin estudios de bachillerato completo y sólo con un certificado de aptitud del Servicio Nacional de Aprendizaje, mi hermano había logrado desarrollar algunos empleos temporales en oficios varios. Sin embargo, alguien decidió ponerlo en una lista negra para evitar que lo siguieran contratando. Con tus pesquisas descubriste que un supervisor lo había reseñado como flojo. Te resultaba inconcebible aceptar aquello, pues sabías que si algo le gustaba a mi hermano, era el trabajo. En tu lucha por buscar mejores opciones para la familia fuiste a un festival vallenato en

Valledupar a hablar con el escritor García Márquez, para que con sus influencias ayudara, por lo menos, a mi hermano. Llevabas una carta de presentación de mi padre quien buscaba, con su esquila, mover el nivel de familiaridad del renombrado escritor. Te atendió pero nunca te respondió. En esa búsqueda de apoyos te fuiste con mi padre, ya pensionado, hasta la gerencia de la refinería. Desde la primera portería dijiste que le llevabas un encargo personal al gerente. Verificaron por teléfono con el alto funcionario, quien era un hombre afable y de origen ribereño. Ese paisanaje regional te daba la certeza de acercarte sin temores y lograr tus propósitos. Te permitieron entrar. En la mano llevabas una bolsa de plástico que cubría otra bolsa negra y adentro un botellón. Esperaste un rato y te mandaron a seguir. Ya en la oficina le dijiste: “gracias, don Víctor, le traigo esta botella de suero costeño, que sé que le gusta mucho”. El gerente no le podía dar crédito a lo que veía. Sobre su escritorio, el más poderoso escritorio de decisiones económico y técnico de la región, tu colocabas la bolsa de papel, la bolsa de plástico y el garrafón de vidrio donde envasaban aguardiente, pero ahora lleno del suero que tu habías aprendido a hacer al lado de mi abuela, Mamaía.

Papá no dijo nada. Sólo te acompañó con la sonrisa por tu osadía, y fue cuando le contaste a don Víctor la historia de exclusión de mi hermano. La misma que vivían otros muchachos por otras razones pero que no tenían una madre osada como tú que saliera en defensa de sus críos. Desde ese momento le empezaron a llamar con cierta regularidad a desempeñar los mismos oficios temporales. Tu habías puesto una vez más tu sello. Te sentías orgullosa de tus capacidades. “Si en mi pueblo hubiese tenido la oportunidad de estudiar el bachillerato, yo hubiera sido senadora”, me dijiste un día mientras veíamos por televisión un debate en el senado. “No

lo dudo”, te dije para confirmar tu frustrado sueño.

Tú no ibas a ver el desfile de hijos mayorcitos y desempleados, creciendo a la sombra de los papás, como era común, sobre todo en el barrio El Parnaso, el barrio obrero por excelencia. En ese barrio, donde fueron trasladados los obreros que vivían en los campamentos y los campos de producción de El Centro, hubo quienes no solo se trajeron la ropa y los muebles. También trajeron consigo las vacas, los cerdos, las gallinas, los pájaros y los perros que tenían en sus casa-fincas. A sus hijos los pusieron a cuidar animales mientras los llamaban a trabajar en la Compañía, como llamaban también a Mamaeco. Por la noche, en los callejones del barrio, hecho sin esquinas en donde poner una tienda, una droguería o una heladería, porque los obreros tenían cerca el comisariato, el hospital y el club, compartían cuitas y desencantos decenas de muchachos y muchachas que no continuaron sus estudios alimentados en la esperanza de la continuidad laboral apenas el “viejo” se jubilara. Y no hubo tal. Los directivos de la empresa se dieron cuenta de que era peligroso emplear los hijos de los obreros o los empleados porque con eso se iba a mantener la tradición de lucha de los trabajadores, y eso había que cortarlo de raíz. Bajo esa idea sacaron una directriz que impedía que dos familiares trabajasen en la empresa al tiempo y, además, bloquearon el acceso para los hijos de los jubilados. Claro que eso sólo operaba abajo. En las nóminas directivas sí era común ver hermanos trabajando en la misma empresa. Tú no te aguantaste la exclusión y peleaste, botella de suero en mano, por un empleo temporal para mi hermano.

A pesar de esas manifestaciones de lucha por los hijos, tu recio carácter te impidió abrazarnos y acariciarnos. Nos mostraste tu querer a tu manera. Alimentos, ropa, regalos en los cumpleaños

y la navidad. Nos hablabas, pero no dialogabas con nosotros. Nos dabas instrucciones, pero no nos explicabas nada. Presumías que nosotros debíamos adivinar tus buenas intenciones. Un día, mientras hacíamos juntos una siesta, en la sala, te volteaste y me dijiste por vez primera después de 50 años: “hijo, te quiero mucho, mucho”. Era la primera vez en el medio siglo de mi existencia que me expresabas, desde la palabra, el cariño. Quedé temblando. Tiempo después te pregunté por qué no nos acariciabas, y me dijiste: “a nosotros desde niñas nos prohibieron expresar esas cosas en público. Las caricias son sólo para la cama”. Vigilabas nuestros pasos e interferías en ellos sin contemplación alguna, aún a riesgo de nuestras rabietas y fuertes discusiones. Asumías las discusiones con orgullo y podías dejar de hablarnos por un largo tiempo, pero no nos dejabas por fuera de tus oraciones. “El látigo del desprecio es el que más duele”, decías. Nuestras novias y esposas no fueron ajenas a tu presencia. Cuando decidí venirme de Medellín para el puerto, a incursionar en la política local, te fuiste con los papeles de mi mujer hasta la oficina de empleos del nuevo hospital de la petrolera para que la tuvieran en cuenta. Ocho meses después la llamaron a trabajar. Hasta hoy has considerado aquel hecho como un logro tuyo. Estimaste que era tu deber preguntar, opinar y provocar cambios de conducta así nos reventáramos de la ira. “Yo tengo la universidad de la vida, a mí no me vas a dominar tú con tu inteligencia de pacotilla”, me dijiste alguna vez. Fue un sablazo profundo. Me sacudiste desde la médula. Tenías razón, la universidad nos da instrumentos de conocimientos y especialidades del saber, pero no habilidades para la vida. Esas las tenías tú.

Discutir contigo era un verdadero combate de frases agrestes y giros inesperados del análisis. Te sentías en tu salsa provocando, sin otra intención distinta a la de enseñarnos la mejor ruta, en tu

entender, sobre lo que debíamos hacer. La incisión de tus opiniones nos sacaba de la ropa y gritábamos. Algunos de mis hermanos hasta te empujaron. Tus diarios personales, que llenabas cada noche mientras los demás dormían, están llenos de referencias con las fechas de pequeñas felicidades e incontables episodios de agresión verbal. Luego de cada discusión murmurabas: “son una cadena de perversos con la lengua”. Ya no discutes. Pides que callemos, que no te provoquemos más dolores. Que ya no soportas más sufrimientos. Que con los que te hemos ocasionado son suficientes.

Que mis hermanas no hubieran llegado hasta el altar, vestidas de blanco, como tú deseabas, y que terminaran siendo madres solteras, ha sido una frustración que algún día, en el furor de una discusión, te enrostré como parte de tu responsabilidad. Sacaste desde lo más hondo de ti los argumentos para defenderte: “las eduqué con el corazón y con lo que sabía”. No tuve más nada qué decir. Para aliviar el dolor te dije que los hijos de mis hermanas eran jóvenes buenos y relativamente exitosos. Que superaban nuestra generación en muchos aspectos y que ello nos congraciaba. Sin aceptar del todo las razones cancelaste ese punto de sufrimiento. Pero yo no. Volví sobre el asunto de la crianza, un día, gracias a una esclarecedora conferencia que le escuché a un señor Bernardo Toro. Era un intelectual reconocido que trabajaba con los jesuitas y que, con la autoridad de un serio investigador, dijo que existían cuatro hechos básicos en los procesos culturales que habían servido para llevar a la humanidad a cada vez mayores estadios de desarrollo: el manejo de la palabra hablada, la preparación de los alimentos, el arte de hacer pareja y la crianza de los hijos.

Desde ahí repensé lo que había sucedido en casa y el resultado no fue alentador. Tú siempre has tenido una gran facilidad de

expresión. Hablabas todo el día. Estabas encima de cada hecho interpretándolo, opinando, proponiendo, juzgando. Tu capacidad de comunicación ha sido un torrente sin control, y eso nos lo dejaste como marca. Pero ni tú ni nadie nos habló sobre el valor de la palabra hablada. El proverbio bíblico de que las palabras amables son un panal de miel, dulce al alma y saludable al cuerpo, estaba ausente como guía. Nos fajábamos unas discusiones que parecían la hora llegada. Todo parecía caerse. Un verdadero incendio de insultos y ofensas laceraban nuestra piel y nuestros corazones, pero más el tuyo, cuando veías la fraternidad navegar en las ofensas mutuas. En lo de la preparación de alimentos yo creo que las palabras calorías y dieta no figuraron en tu formación. Tragábamos mientras comíamos. No masticábamos. Te metías en la cocina a preparar los alimentos teniendo como referente lo que te enseñó mi abuela y con lo que encontrabas a mano. Orgullosamente hablabas del suero costeño que preparabas, del mote de queso, de la mazamorra y de las empanadas de los domingos. A raíz del valor de los alimentos en la educación personal, un día te dije: “fíjate, las nietas, son más cuidadosas en la preparación y selección de los alimentos y eso es una ganancia en la historia de nuestra cultura alimenticia”. Tu comentario fue fulminante: “están muy flacas, un día de estos se van a enfermar”. Tenías enquistada la idea del hijo rollizo, gordito, y eso explica tu tendencia, aún hoy, de manifestarnos el cariño dándonos de comer. Era un verdadero cariño de harinas.

En lo del arte de hacer parejas, lo único que nos dijiste era que había que conseguir una muchacha o un muchacho de bien. Vaya a usted a saber qué significaba eso. Pero hasta ahí. En nuestros enamoramientos éramos presas de un huracán de emociones, alimentados sólo por los sentidos. El amor lo asociábamos con nuestra genitalidad pero no con la fuerza del cariño. Las fideli-

dades estaban centradas en la exclusividad de acceso al órgano sexual de nuestra pareja y nada más. Buscábamos habitar más en la piel y las entrañas del otro que en su corazón y su cerebro. Ni una sola explicación, ni un solo consejo sobre la sexualidad, el cariño y las emociones del otro, y no era para menos. Aún en las escuelas y colegios ese era un tema vedado. Nuestras excitaciones hormonales se desarrollaban a plenitud en la intimidad del baño o de la pieza de rebujos. Nuestras novias o novios, para el caso de mis hermanas, tenían un elemento en común, que también nos llevaríamos pegado a la piel cuando fuimos a la gran ciudad. Eran las novias o novios, conseguidos por el sentido de la proximidad espacial: la compañera o el compañero de clase, la vecina o el vecino del lugar donde pasábamos, o muchachos o muchachas del mismo pueblo de dónde veníamos. La única vez que toqué el tema con papá sobre mis amores con la hija de un comerciante de la ciudad, papá me cortó las alas de un tajo: “en esto de amores hay que comer callao”. Eso explicaría mi actitud de no contarle que me iba a casar cuando sólo tenía veintidós años. Preferí contártelo a ti para que me acompañaras a la boda. Y lo hiciste. Lo que no sabía eran tus intenciones. Apenas te enfrentaste con mi novia a boca de jarro le dijiste: “si están muy ganosos, acuéstense.” No había reversa para el matrimonio, y en la iglesia, al momento del cura preguntar quién tiene algo que decir para oponerse a esta unión, te paraste y sentaste tu voz de protesta sentenciado: “esto es una verdadera irresponsabilidad y patrocinada por la Iglesia. Estos dos no tienen en dónde caer muertos”. Fue una granada la que dejaste caer en plena misa. Se formó un verdadero debate entre tú y yo, que terminó por vía de autoridad en la voz del sacerdote: “ya son mayorcitos”.

En lo de la crianza, lo que fue motivo de la pelea, te hallé la razón:

nos habías educado con el corazón y con lo que sabías. Por fortuna no discriminaste entre hombres y mujeres. Todos éramos iguales, lo que no pasaba en otros hogares petroleros donde el varón recibía privilegios y las mujeres eran discriminadas en la comida, la ropa y el trato. No podías hacerlo de otra manera. La vida no te había dado la oportunidad de conocer otras formas y esa te liberaba de culpas.

Aunque no has cancelado algunos temas que a tu juicio no te resultaban adecuados en tu manera de ver el mundo, el tiempo se ha encargado de irlos destiñendo. Por ejemplo, nunca has podido aceptar eso de que las nietas, que ya son profesionales, aún sin casarse, se vayan todo un fin de semana con los novios a pasear a una finca. Eso no lo toleras. Refunfuñas. Sigues considerando que deben llegar vírgenes al altar. Vestidas de blanco. Piensas y sientes que vas a morir con dicha frustración. Tu fortaleza emocional te ha dado para soportar algunas tensiones que están más en el terreno de las valoraciones que en el terreno de las realidades. A mí me dices: “no me gusta eso de que te estés dando generosamente con algunos tipos que lo que quieren es vacunarte en lo que sabes”. El tiempo, en eso, te ha dado la razón. Siempre me recuerdas la conducta de alguien que estuvo posando de ser muy cercano y cuando vio la oportunidad de traicionarme con mentiras, no vaciló en hacerlo. “Ahí lo tienes, te lo dije”.

Uno de los mayores quiebres en la historia de la familia fue el hecho judicial que me llevó a ser el primer detenido domiciliario en la historia del puerto petrolero. Has cancelado, en parte, esa tragedia. El haber sido procesado y condenado por falsedad en documento público y peculado por aplicación oficial diferente, no obstante la fuerza de las pruebas que demostraban mi inocencia y la duda del fiscal que adelantó la investigación, justo en la época que adelantaba

el proselitismo para ser alcalde de la ciudad, fue definitivamente el hecho que nos sacudió a todos. Estuvimos emocionalmente al borde del abismo. Bien que mal, yo desempeñaba, en ese momento, el liderazgo social en mi familia y eso te llenaba de orgullo. Supiste que el propio ministro de gobierno de la época, Serpa Uribe, me quiso ayudar y yo rechacé su ayuda.

“No vale la pena meterle ministro a un asunto tan de poca monta”, le dije a Serpa y te conté.

“Usted no sabe cómo son de canallas algunos en el poder judicial”, me dijo el ministro.

“No tengo responsabilidad en los hechos y soy capaz de salir adelante”, le dije. “No se confíe”, me dijo Serpa Uribe, el hombre que hacía las veces de escudero político del presidente Samper Pizano.

“No seas soberbio. Tu orgullo te va a perjudicar”, me sentenciaste.

Los años de mi detención domiciliaria, vida de prófugo y prisión, te molieron intensamente. Casi ocho años fueron suficientes para acelerar tu proceso de deterioro emocional. Sabías que había supuestos amigos que se frotaban las manos con mi descalabro. Sabías que para ellos yo vivía entre paréntesis, con signos de interrogación y asteriscos. Deseaban que no saliera nunca del foso de la derrota social. Fueron ocho años en los que, como fiera, mordías en la calle con tus comentarios a quienes sabías o presumías habían participado en una conspiración de envidias que finalmente me llevó a las rejas, y a mi padre, en su cojera, a una estado de profunda depresión. Ocho años que fueron el epílogo de una carrera política cargada de entusiasmos y convicciones y de la que tú y mi padre esperaban que yo figurase como un destacado dirigente

local. Agobiado existencialmente por aquella sorpresa de la vida, exorcicé mis ansiedades escribiéndole una carta a papá. Alguien la leyó y le pareció bueno publicarla. Era el vicepresidente administrativo de Mamaeco, que estaba impulsando la idea de vincular a las familias al proyecto de *Empresa somos todos*. Papá estuvo de acuerdo. Sin embargo, la satisfacción no llegó a su punto. Un grupo de periodistas, que trabajaba al interior de Mamaeco, se dio a la tarea de torpedear la publicación. Argumentaban que no era bueno para Mamaeco manchar su imagen publicando la obra de un prófugo de la justicia. Lo lograron. En las bodegas de la empresa se quedaron los libros de la primera edición. La “Carta a papá” saldría al mercado en una impresión por cuenta de un préstamo que un amigo nos hizo. Tú y mis hijos salieron a las calles y entraron a las oficinas a vender el librito. Muchos compraban el texto por compasión, por una solidaridad con la madre adolorida. Necesitábamos urgentemente para el pan y la leche. Tú le prestabas a mi mujer para pagar los servicios, mientras yo recorría el país con una orden de captura encima, esperando que en otras instancias judiciales la verdad surgiera dentro la manigua en que la habían enredado los intereses políticos de funcionarios del poder judicial del puerto petrolero. También has logrado salir de los dolores que generó esa época de dificultades: sabías que tenía otra visión del mundo, que estaba fortalecido interiormente, aunque acorralado por las deudas. Un día, después de haber salido de la cárcel, escribiste en tu libro de oraciones: “hoy sábado 26 de mayo del 2001 ha sido un día de felicidad y tristeza a la vez. Hágase señor Tu voluntad. Amén”.

Esos años, a punto de finalizar el siglo pasado, no fueron peores gracias a mi hermano Gilberto quien se fue a Inglaterra, justo el año en que empezaba mi periplo de dificultades. Gilberto también había recibido tus apoyos cuando se fue a la universidad. Te hiciste

el viaje hasta Bogotá, al Palacio de Nariño, la casa del presidente para hablar con él y conseguirle un cupo en el Politécnico. Cuando llegaste a la oficina de la Secretaría General le dijiste a la secretaria: “soy tía política de García Márquez y quiero hablar con el presidente Belisario Betancur”. Eran palabras sonoras. Betancur tenía gran aprecio por el escritor de Aracataca. El presidente mandó a indagar qué querías. “Un cupo universitario para mi hijo”, dijiste. “Venga el próximo lunes”, te dijeron. Llegaste el día convenido y te dieron una carta. A la semana Gilberto estaba matriculado. Terminó sus estudios y luego se casó con una brillante profesora universitaria de Oxford que pasó por Colombia en una tarea académica especial y a quien conoció bailando salsa en una taberna de la capital del país. Viajó al antiguo continente y al poco tiempo logró vincularse laboralmente en una empresa de computación en Londres. El amor por la música y el baile que habíamos visto en papá, le serviría a Gilberto para conocer la londinense y luego estar cerca, como traductor, con la gente de la afamada orquesta Buena Vista Social Club, en su paso por Inglaterra. Con sus ingresos extendió la mano a toda la familia. Gilberto se convertía en orgullo de papá, tuyo y de todos nosotros. En algún momento en casa se oyeron expresiones en inglés cuando papá trabajaba en Shell. Sin embargo, esa fiebre pasó y terminamos enredados sólo en el castellano en un momento en que ya el idioma de Shakespeare se convertía en idioma universal. Ni papá, ni los profesores nuestros nos señalarían la importancia de conocer el idioma que se hablaba en el imperio. Si acaso unas que otras frasecitas de cajón: “hello, baby” “Thank you” “Okey Brother”, pare de contar. Nuestro hermano, el londinense, sin proponérselo empezó a desarrollar un nuevo liderazgo desde el otro lado del Atlántico. Yo, a los ojos de papá, con la orden de captura encima, era un fracasado. Ahora teníamos el hermano rico girando libras, al hermano menor soñando con seguir sus pasos y a el herma-

no mayor pidiendo solidaridades entre los amigos, familiares y sus viejos conocidos para poder sobrevivir. Esa era una de las escenas que cada mañana repasabas en tus meditaciones.

Pero de la que no has podido salir, es de la desaparición de mi hermano Boris. La que no te permitió sentir la felicidad del 26 de mayo de 2001, sino tristeza. Saliste también del angustiante hecho de la drogadicción, con cárcel incluida, de una de mis hermanas, muchos años atrás. Nuestra familia no había escapado al flagelo que empezó a recorrer al país como fue la narcotización de toda la vida económica y social. La marihuana y la coca también se metieron a nuestros baños. Desde que la Corte Constitucional autorizó la dosis personal, en contraste, aun contra tus profundas convicciones, un argumento de autoridad para salirle al paso a la mordacidad de las gentes frente al consumo de droga de una de mis hermanas. De esa saliste y hasta olvidaste el hecho. Pero lo de mi hermano no. La noche de mayo 17 de 2001, en que unos miembros de los grupos paramilitares se lo llevaron, en medio de más de una veintena de personas, supuestamente amigos y conocidos suyos, mientras veían un partido de fútbol, pasaste la noche en claro, orando, rezando y ansiando que llegara la mañana para contarme. Se lo llevaron porque les resultaba excéntrica su conducta. Lo desaparecieron porque ya se habían tomado la licencia, los paramilitares, bajo el silencio cómplice de las autoridades locales, de establecer un singular manual de convivencia. Se convirtieron en un tipo de inquisidores sociales que justificaban su proceder bajo una nueva forma de búsqueda de la paz, y desde su arbitrario código de valoraciones seleccionaban las víctimas de su creciente holocausto local.

Tú te preguntabas, y aún te preguntas por qué se lo llevaron, sino

le hacia daño a nadie. Él era un bacán, vitalista, lúdico, estudioso, creativo, escritor de largas cartas a sus amigos y amigas, fraguador de su propio proyecto de vida personal y autóctono, hasta por mí incomprendido en su momento, fuera de lo común, pero demasiado notorio ante los nuevos ángeles de la muerte que habían venido a desterrar la guerrilla urbana y quedarse con el negocio de la gasolina robada a sangre, desapariciones y fuego. A una de sus amigas le había escrito meses antes de su desaparición:

AMIGOVIOS

Sep 3-00

Soy libre, sin compromisos y sin horarios de trabajo, sin deudas, ni fiscalizas, ni vivo con brujas, totalmente libre de pensamiento, mi signo es el de Jesucristo, mono y ojos color del mar, el cielo y la esperanza, y completamente estructurado y un buen tipo si llegaran a analizarme, y tú bonita, alegre y emotiva, formal, cautivadora y trabajadora decente, atractiva, contagiosa, seductora, inteligente, buenísima en la cama y en el baño. Madre soltera, confusa y muy fresca y mentirosa porque no cumples lo que prometes.

Los paramilitares habían y han desaparecido, ancianos, jóvenes, luchadores sociales, artistas, hombres y mujeres presas de la descomposición social. No los toleraron y los desaparecieron. Los picaron y los echaron al río. Les pusieron una lápida de agua. Desde el día de la desaparición de mi hermano nunca más te volviste a duchar en el cuarto de baños. Prefieres desnudarte frente a la pileta del lavadero y comenzar desde allí un diálogo imaginario con mi

hermano. Mientras vivía contiguo a nuestra casa materna, en un apartamento tuyo, habías adquirido la costumbre de hablar, pared de por medio, con mi hermano. Lo reprendías y le decías: “hijo, por tu bien, ajuíciate. Ajuíciate, hijo”.

Ahora que pasa el tiempo y luchas contra nuestra desmemoria y la de las gentes que lo conocieron, sigues hablando con él cada mañana. “Hijo, sé que estás bien donde estés”. Sigues esperándolo. A cada instante miras hacia la ventana porque crees que va a llegar sonriendo, rosado y rollizo. Lo presientes. Hay días en que también sientes que te soba la cabeza y te dice: “madre, te quiero mucho. Tú eres la única que me entiendes”. Hay días como dice Mario Benedetti, que tienes “sentimientos insoportablemente actuales que se niegan a morir más allá en lo oscuro”.

Te enfermaste del alma y del cuerpo. Ya te traíamos enferma con nuestras faltas y nuestros fracasos buscados y provocados por otros. Pero resistías. El hospital y la sala de urgencias de la policlínica de los petroleros empezaron a ser tu sitio de rutinas. La iglesia, a donde ibas con regularidad cada mañana, empezó a desteñirse cuando viste que el consuelo de los sacerdotes, que antes eran tus amigos, se alejó y a cambio empezaron a llegar a casa pastores y pastoras de las iglesias cristianas frente a los cuales tenías reservas pero sabían de tu devoción. A pesar del desencanto que tenías de los clérigos católicos eras fiel a la Biblia de Roma y para probarlo le pedías a los pastores cristianos, de entrada, que te leyeran el libro de Esther, Tobías, Macabeos o el Eclesiástico, que tú sabías eran considerados por ellos apócrifos. Los más doctrinarios se espantaban. Los más formados entraban en diálogo contigo y lograban tu amistad. Para los días de la desaparición de Boris, y otro centenar de pobladores más, sacerdotes católicos se dedicaron a denunciar con fuerza y convicción el hecho general de la violación

de los derechos humanos en la región pero congelaron su palabra de espiritualidad y consuelo.

Las homilias, con cada vez más frecuencia, eran verdaderas exhortaciones políticas a luchar contra la impunidad y la injusticia. Las palabras que salían de la boca de los clérigos se referían más a los negocios del mundo que a la turbulencia de las almas de la feligresía. Encendían el corazón de pasión por lo político pero muy poco por el ejercicio del amor. El Boris, sensible a los agites sociales, sabía que en la catedral mayor el Obispo tenía el uniforme de la denuncia puesto y no supiste que, un día cualquiera, Boris, antes de su desaparición, se había acercado, en plena catedral, a colocarle una grabadora al obispo cuando comentaba la palabra, al lado de un baffle porque quería tener su voz grabada para luego hacer un montaje con su homilía en una entrevista en la que Boris aparecía organizando un coloquio entre el alto jerarca y un gran jefe del paramilitarismo. Su actitud en el templo molestó al jerarca y a sus subalternos. Fue una de sus tantas irreverencias. Pero tú te enterabas y las tolerabas. Al fin de cuentas tú no estabas lejos de ser también irreverente. En la catedral de Sincelejo, un pueblo al norte del país, le cogiste la barbilla con tu pulgar y tu índice, al momento de la comunión a quien acaba de ser nombrado obispo: el sacerdote Nel Beltrán. Habías cruzado el río Magdalena en una chalupa, ocho horas hasta Magangué, y luego tres en carro para decirle antes de comulgar: “padrecito, ojalá la humildad lo acompañe siempre”. No resultó rara la actitud de los jefes de la Iglesia cuando supieron que habían desaparecido “al loco del Boris”, como le llamaban algunos. Cuando ya los trocitos de historia recogidos por mis hermanas, los conocidos de él y mis conocidos, apuntaban a que lo habían matado y tirado al río, tú no aceptaste esa conclusión. Preferiste seguir entre la incertidumbre y la esperanza. Te aferraste,

a solas, con toda tu alma a la palabra de Dios, y a los ansiolíticos y antidepresivos.

Pronto los médicos y enfermeras de la policlínica de Mamaeco empezaron a fastidiarse con tu reiterada presencia en los consultorios aunque eran menos intensas tus exigencias. Un médico, en su desparpajo caribe te dijo una tarde “Ya no se te nota con esa chispa de otros días”. “Pero cómo doctor, con ese dolor de lo de mi hijo”. Eso era irrelevante frente a las nuevas políticas de salud familiar que había en la empresa petrolera. Las drogas y los tratamientos cada vez eran más restringidos. La fiesta de cambalaches que las esposas de los trabajadores hacían con la droga que les sobraba o que no utilizaban empezó a acabarse. Ya no estábamos en los días en que en la farmacia había hasta tres mil tipos de medicamentos distintos. “Esto se está acabando, y para completar los del sindicato, cada vez que quieren cierran las puertas del hospital, bonita forma de protesta”, decías entre desconsolada y molesta. La verdad es que tú no escapaste a la tentación de cambiar droga por jabones, cremas dentales, champús, manteles o pocillos de porcelana china que ofrecían los vendedores ambulantes especializados en ese tipo de trueques. Participaste de esa cultura de intercambios que en cierta medida era un desangre para Mamaeco. Los directivos de la empresa, en su política de austeridad, se pegaron de esa notoria irregularidad y fueron más allá: los tratamientos con especialistas serían más controlados. Ni los directivos del hospital ni los sindicalistas, sabían de tu hondo dolor. Tampoco sabían que la policlínica era por excelencia el lugar de encuentro social de quienes ya tenían la condición de pensionados.

Los sindicalistas tenían su propia angustia. La empresa petrolera, la que les había dado de todo y a todos, Mamaeco, se estaba transformando. Nuevos hombres y mujeres, desde los fríos escritorios de

la capital, lejos del insoportable calor que quemaba las pieles y del mortífero ambiente poblado de gases de la refinera, con las ideas de la modernidad empresarial decían, “hay que hacer sostenible la empresa”, “el negocio de la empresa es producir crudo, transformarlo y venderlo; no el de prestar servicios de salud, educación, transporte y recreación; eso lo deben prestar otros. Necesitamos una empresa competitiva”.

Los del sindicato, empezando el nuevo siglo, ya se habían llenado de razones para luchar contra las pretensiones de privatizar la empresa hasta que se envalentonaron y levantaron con fuerza su voz de protesta. Tenían sobradas razones para sospechar de la integridad nacionalista de quienes conformaban la dirección de la empresa y en especial el presidente de la misma, de quien decían que había feriado por debajo del precio internacional, el gas de la península de la Guajira a favor de la empresa norteamericana Chevron-Texas, privando por esta vía a Mamaeco de recursos inmensos para fortalecer sus arcas que según el contralor general, el hijo de Pepa, tu prima, ascendían a 90 millones de dólares. Con su denuncia, los sindicalistas hacían coro a la querrela de un senador que, en solitario, había venido asumiendo la defensa de Mamaeco, desde el Congreso. Era el senador liberal Hugo Serrano Gómez. Una verdadera piedra en el zapato para las andanzas privatistas de los altos ejecutivos de Mamaeco que representaban los intereses de las empresas extranjeras. Serrano, con su decisión hacía volver a la memoria la conducta de rasgos nacionalistas de otros colombianos que en el pasado, desde las cumbres del Gobierno Nacional, tuvieron el valor de pensar en los intereses del país antes que los intereses del capital extranjero, como lo fueron José Antonio Montalvo, ministro de industrias en el gobierno de Miguel Abadía

Méndez y Enrique Pardo Parra, ministro de minas en el gobierno de Guillermo León Valencia. Montalvo y Pardo habían corrido la misma suerte por su osadía: calumniados por la prensa oficial serían sacados de la nómina y reducidos al silencio. Pero ahí quedaban sus huellas en las páginas de sus poco conocidos escritos. Hoy, la obra de Enrique Pardo Parra, llamada “Riqueza enajenada”, sigue siendo lectura obligatoria para comprender los dramas de nuestra vida en torno al petróleo.

Pero ya ves, madre, aquí todavía no hemos llegado al nivel de conciencia que tienen los venezolanos por su petróleo, y más ahora en la época de Hugo Chávez. Aquí todavía hay muchas mentiras sobre ese tema tejidas desde las altas cumbres. Todavía nos siguen diciendo cómo hace ya cerca de un siglo que no hay petróleo suficiente en el subsuelo, que eso es muy costoso sacarlo y los únicos que tienen plata son los extranjeros, que hay que bajar el precio a las regalías para hacer más atractivo el negocio para los inversionistas, y vamos a ver que siempre, cuando se ha entregado el negocio a empresas distintas a Mameco, como por arte de magia, brota crudo en abundancia y los viejos pozos sellados resulta con que tenían petróleo más abajo.

Con todos esos antecedentes, uno se explica por qué la rabia de los sindicalistas adquirió tanta intensidad cuando el presidente de la república les propuso en una reunión exploratoria de salida a las tensiones entre la empresa y la organización gremial que pensarían en la idea de ser un sindicato participativo. Los sindicalistas consideraron tendenciosa e impertinente la propuesta. Eso fue una verdadera provocación a un sindicato que desde sus comienzos había militado en la idea de la lucha de clases, la propiedad estatal de los medios de producción y la centralización de la economía por

parte del Estado. En la huelga del 77, la Federación de Trabajadores Petroleros, en sus boletines les recordaba a los obreros lo que decía el dirigente de la revolución rusa de comienzos del siglo veinte, Vladimir Lenin: “cada huelga recuerda a los capitalistas que los verdaderos dueños no son ellos, sino los obreros que proclaman sus derechos con creciente fuerza. Cada huelga recuerda a los obreros que su situación no es desesperada y que no están solos”. Ni tú, ni muchas mujeres esposas de los trabajadores sabían quién era Lenin. Tú de capitalismo y medios de producción no sabías nada. Tú de esas elucubraciones no tenías ni idea. El comité de huelga en el 77 iba más lejos: “destruir la estrategia imperialista implementada por burgueses y terratenientes, es una batalla de las tantas que hay que librar en el camino al socialismo para construir una sociedad justa y equilibrada donde exista verdadera democracia para las amplias masas trabajadoras y dictadura para la minoría de burgueses y terratenientes”.

Tú tampoco sabías de dictaduras ni de burgueses ni de capitalistas. Eso sonaba bien raro. Cuando se empezó a hablar de eso con fuerza, en las universidades y en algunos sindicatos simpatizantes del modelo socialista, en los años setenta, ya papá, había salido pensionado. De política sólo sabías que había un partido liberal, un partido conservador y unos comunistas que estaban dedicados a hacerle la vida difícil al gobierno. El asunto de los comunistas te empezó a almar cuando cogieron a mi amigo José Castillo, hijo de un paisano de ustedes, porque era un joven de la red urbana de un grupo guerrillero y según te contaba el papá, lo estaban torturando en una de las casas abandonadas que habían dejado los tipos de la Shell, donde antes estaba la Concesión Casabe, al otro lado del río. Cuando te enteraste de eso se prendieron las alarmas. Hiciste lo mismo que Genaro, un vecino, amante de la

música y la literatura clásica, compañero de trabajo de papá, que le sacó debajo del colchón, a su hijo mayor Alfonso, unos afiches del Che Guevara y se los quemó antes de que se diera cuenta. En esa escalada familiar de protección, todos mis libros de política revolucionaria desaparecieron como por encanto. Todo lo que fuera rojo había que quemarlo.

Para los sindicalistas la propuesta del presidente era la de convertirlos en colaboradores y copartícipes de la gestión de la empresa pero a costa de renunciar al espíritu reivindicativo. Eso significaba moverles la butaca desde la que sostenían su lucha ideológica. Eso era renunciar al concepto de defensa de los intereses de la clase obrera y eso era entreguismo. Su pureza ideológica no les permitía aceptar ofertas de ese tipo, no obstante que al otro lado de la frontera, en Venezuela, el presidente Chávez, frente a quien guardaban admiración, estaba invitando a los obreros y aún a los despedidos después del golpe petrolero que hicieron los directivos de la petrolera PDVSA, a formar cooperativas para prestar servicios no esenciales a la actividad petrolera. Los dirigentes sindicales percibían la propuesta del presidente Uribe como un atentado contra el derecho de asociación y una forma de acabar con el artículo segundo de la convención que obligaba a que la empresa asumiera directamente todos los servicios. Percibían que les iban a bajar de rango en la escala del poder.

Los dirigentes sindicales, luego de décadas de lucha, habían llegado a comienzos de los noventa al clímax de su reconocimiento, como actores principales dentro de la empresa, gracias a la decisión de un vicepresidente administrativo de la misma, Alberto Merlano Alcocer. Éste, en el marco de un plan de mejoramiento del clima laboral, introdujo una nueva visión de relaciones entre directivos,

trabajadores, empresa y sindicato, orientada por una concepción de respeto por las diferencias. Merlano, quien venía de trabajar con el grupo Carvajal del Valle, entre otras ventajas, le concedió a la junta directiva nacional del sindicato un permiso permanente remunerado a sus diez miembros para facilitarles su labor. Desde ese momento, muchos piensan que los dirigentes sindicales se desvincularon de la dinámica cotidiana de la obrería y con ello se sentaron las bases del proceso de burocratización de los dirigentes obreros. Alguien, sospechando de la intencionalidad del discurso humanista y conciliador del vicepresidente administrativo, escribió en un gran tanque de gasolina dentro de la refinería: “el discurso de Merlano huele bien pero envenena”. No obstante las suspicacias, el vicepresidente siguió cautivando gente de un lado y de otro. Su nueva visión de las relaciones obrero-patronales le había producido un quiebre en el concepto de lucha de clases dentro de la empresa. A pesar de los avances en materia de mejoramiento del clima laboral, las luchas internas por el poder en la cúspide de Mameco lo llevaron a renunciar.

Ser miembro del sindicato y más de la directiva nacional, era todo un riesgo y un privilegio. Al empezar el siglo, el movimiento obrero de los petroleros había aportado en los últimos quince años la suma de ochenta y cuatro muertos, dos desaparecidos y veintiséis heridos en distinto tipo de atentados. En el pleno centro comercial del puerto petrolero, dos sicarios miembros de una red de aniquilación auspiciada por oficiales de la armada, como se denunciaría tiempo después, acribillaron al dirigente Manuel Gustavo Chacón. Empezando el siglo, en lo que se veía como un plan de exterminio sistemático, apareció asesinado en Cartagena otro dirigente obrero: Aury Sara Marrugo. A algunos los mataron no propiamente por ser dirigentes sindicales. Los organismos de inteligencia y las fuerzas

oscuras del régimen, probaron e inventaron, en otros casos, que algunos de ellos eran cuadros de las organizaciones guerrilleras, con tareas políticas que cumplir en el movimiento obrero. Otros fueron perseguidos, encarcelados y procesados, muchas veces sin fundamento probatorio sólido. En el marco de ese clima de incertidumbres el gobierno les brindó mecanismos de seguridad y los convirtió en ciudadanos especiales con escoltas, camionetas blindadas y armas de protección personal. Ahora eran más que dirigentes sindicales. Eran hombres de poder y con poder. Su vida personal cambió radicalmente. Su rol de dirigentes nacionales les permitía tener acceso a muchas oficinas y foros donde no era posible entrar a cualquiera. Hubo quienes asumieron su rol, tan a fondo, que terminaron por descuidar a la familia, y sus hijos terminaron enredados en problemas de alcoholismo, droga y deserción escolar. Algunos, por estar vistiendo el brillante vestido del poder que daba ser sindicalista no alcanzaron a ver la desnudez de sus vidas en casa. Otros convirtieron el poder en instrumento de conquista sexual y mecanismo de enriquecimiento económico a través del manejo de influencias para favorecer contratistas. Hubo quienes luchaban contra la opresión y la explotación de puertas de la casa hacia fuera pero dentro de sus casas o en las cooperativas obreras a donde llegaban a continuar el ejercicio constante de la libido imperandi, hacían gala de las mejores formas de dominación, exclusión y arrogancia.

Con el tiempo, uno de sus más destacados dirigentes nacionales, Lucho Garzón, terminaría por ser elegido alcalde de la capital de la república, Bogotá. Inteligente, afable, creativo y socialbacano, como gustaba llamarse, nacido en la capital, se había compenetrado tanto con el sentimiento lúdico de la obrería petrolera en el puerto que, en su vida de goce incorporó la música cubana que bailaban

los obreros en las discotecas de la Avenida del Ferrocarril, como parte existencial de su vida de recreación nocturna. Su condición de cuadro comunista no lo llevó a militar en los extremos. Su amplio espíritu de demócrata le permitía circular con respeto entre sus adversarios. Pero no todos aprovecharon su condición de dirigentes para proyectarse. Ya te lo dije, madre, a algunos se les subió el poder a la cabeza y empezaron a utilizar, en provecho propio, su condición para satisfacer apetencias personales, y eso iba a ser grave con el tiempo. Indignado por ello, un antiguo dirigente despedido en una huelga a comienzos de los setenta, y quien había hecho su propia defensa en un tribunal de guerra en el que lo procesaban, Gilberto Chinome, escribiría “Las cartas malditas” y “El vuelo del gallinazo” en las que denunciaba la degeneración de algunos dirigentes en contra de los intereses de movimiento obrero.

Chinome estaba herido en su dignidad de luchador a raíz de los resultados de una asamblea obrera en la que no se había aprobado la compra de sus libros sobre aspectos relativos a la historia del movimiento obrero. Ante el desencanto que aquella actitud le produjo, se montó en una chalupa, en el puerto de Barrancabermeja, y en un acto simbólico lanzó todos sus textos al agua. No quería saber más nada de sus compañeros de lucha. Treinta y cinco años después moriría asesinado, en extrañas circunstancias, en un barrio al sur de Bogotá. Sus restos mortales los despediría en un discurso sentido el exdirigente obrero y paisano tuyo Eliécer Benavides.

Sin que lo expresaran, los dirigentes sindicales de la Unión Sindical Obrera nacional, veían que un obrero podía llegar bien lejos en la estructura del poder público. Lo de Lucho, quien había sido además presidente de la Central Unitaria de Trabajadores en Colombia, estaba como telón de fondo, y, a más de ello, lo del presidente

Lula, en el Brasil, obrero también en sus primeros momentos, atizaba una idea difusa de ejemplo a seguir. A ello se agregaba una circunstancia: Merlano, el encumbrado vicepresidente de antaño, había llegado a ser subalterno de Lucho en la Alcaldía Mayor de Bogotá, y ello estaba preñado de símbolos. Uno de los dirigentes sindicales nacionales, con ese telón de fondo velado, desde su condición de privilegio, amenazó al Presidente de la República, con ir a la huelga, en una reunión cerrada en el club de los altos directivos de Mamaeco. El presidente trató de disuadirlo en el sentido de que no era el mejor camino, que el gobierno, ante la amenaza, enfrentaría, con todos los mecanismos coactivos a su alcance, la huelga. A pesar del mensaje del presidente los mítines y las asambleas empezaron a pulular cada semana. El ambiente empezó a caldearse. “No podemos perder lo que tanta sangre y dolor nos ha costado”. “No podemos ser inferiores a nuestros antepasados”, le decían los directivos nacionales del sindicato, ya a punto de pensionarse, a una masa obrera acomodada que sólo de oídas conocía la historia de lucha de los primeros obreros de las petroleras. “Pretenden acabar la empresa que nos ha dado todo”. “Eso es verdad”, decías tú, cuando veías por la televisión local las declaraciones de los sindicalistas en su semanario obrero.

Tú de las luchas sindicales sabías lo que nos contaba con nostalgia y orgullo un paisano de ustedes, Eliécer Benavides, quien había sido uno de los más destacados dirigentes de los años sesenta, en las luchas petroleras que adelantaban los obreros de la Shell. Eliécer contaba de las conversaciones que tuvieron que hacer con el ministro del trabajo y el presidente Misael Pastrana para sacar de la cárcel a los despedidos de la huelga del 71, y todas las dificultades que eso significó y que le valieron cuestionamientos por parte de otros dirigentes. Eliécer se emocionaba contándonos

historias de negociación y diálogo, pero los nuevos dirigentes, militando en otras creencias más partidistas, y cada vez menos corporativas, terminaron por desconocerlo y otros por odiarlo. Sacabas tiempo, desde tus dolores, para opinar sobre el acontecer de la política cuando hablaban de Mamaeco. “Vea, usted que ese chiquitico de Uribe, les va a salir general, yo que te lo digo”, me decías, con cierto tono de reproche por las viejas simpatías que desde mis años de estudiante universitario guardaba con el ahora Presidente de la República.

Ante tus provocaciones, prefería guardar silencio. Confiaba en la sensatez de los sindicalistas y no daba un peso por la posibilidad de una huelga. “No tienen con qué, ni es lo más conveniente”, te decía como para disipar los comentarios. “Están locos”, decía papá, que ahora hablaba desde su silla de ruedas. “Por Dios, Juan Ramón, pueden existir razones ideológicas y políticas para hacer una huelga, pero la gente está endeudada hasta la coronilla, no hay condiciones subjetivas”, le dije al secretario general del sindicato, cuando la idea de la huelga subía como espuma de cerveza. Con la presión arterial por los aires y mientras tomaba un poco de leche y ajo para aliviarla, me dijo: “pero ¿qué hacemos? Ellos, los mayoritarios no entienden”. Pero no había forma de convencer a la dirigencia. No oían ni veían ni entendían. Vivían en un castillo de presunciones ideológicas desde hacía muchos años y ello les impedía aceptar puntos de vista diferentes. Estaban obsesionados, de buena fe, en su convicción. Aunque surgían voces que desde distintos ángulos buscaban hacerles entrar en razón, su autismo racional era infranqueable. “Desde que Mamaeco existe como empresa estatal nunca han hecho una huelga económica. No han revisado los éxitos y fracasos de las huelgas anteriores. Simplemente se han quedado en el valor de la huelga como forma de

lucha eterna y no se han atrevido a revisar la validez de la misma en un mundo que ha cambiado en muchos aspectos, incluido el de las relaciones laborales. A los obreros de hoy, poco les importa el pasado de los antiguos luchadores. En una generación consumista desde que la apertura económica se coló desde la pantalla de los televisores, el heroísmo y la mística de los obreros alentados por Raúl Eduardo Mahecha, María Cano, Ignacio Torres Giraldo, Diego Montaña Cuellar, Gilberto Vieira y los socialistas del 70, es un cheque con pocos fondos para emprender los riesgos de una empresa huelguística. Los obreros y empleados de hoy tienen otros códigos de valores. Acogen el discurso de la defensa de los intereses nacionalistas pero tienen la mirada puesta en lo alto de un ascenso y en cómo mejorar sus indicadores de bienestar en casa. Ustedes no han hecho trabajo de concientización, sólo se han dedicado a las generalidades y a distribuirse las simpatías partidistas entre los obreros. Creen que unos cuantos cursillos de inducción sindical son suficientes. No se han dado a la tarea de medir las reales motivaciones de la obrería. Ni siquiera le han dado importancia a la biblioteca que sirvió de espacio para la formación”. Pero no, aquellas frases eran consideradas una herejía. Una vacilación.

“Cómo te parece, ahora andan con el cuento de la hora cero, quieren ir a la huelga y ellos no tienen cómo ganarla hoy, los trabajadores tienen miedo, porque tienen muchas obligaciones”, te dije, un mediodía, mientras hacías la siesta. No me imaginé que te vinieras con una retahíla. “Claro, cómo no van a tener deudas si se han dedicado a comprar cuanto vaina les ofrecen. Las mujeres se dedicaron a comprar joyas, perfumes, cosméticos, ropas, zapatos, a darse la gran vida, así no hay plata que les alcance. Con el cuentecito ese de que pagan por cuotas terminan volviendo nada

el salario, y perdóname, pero el ejemplo lo tienes en casa, así te ofendas, pero eso pasa con la mayoría, viviendo al debe y luego andan por ahí saltando matones y prestando aquí y allá. Eso ¿qué es? Y los hombres, lo mismo de siempre, bebiendo ron y parrandeando, y ahora cambiando de carro y poniéndose hacer arreglos a la casa para aparentar sin tener después con qué pagar, por eso vienen y les sacan las cosas y quedan como culito del Niño Dios: limpios. Y para agregar, alcahuiteándole a los hijos en el colegio y la universidad, que papi déme para estos zapatos, que papi déme para comprar un jean, que papi me tiré el semestre porque vivo muy estresado y un montón de pendejadas que arruinan a cualquiera. ¿O no es así? Di algo.

La pesadez del mote de guandules que habías preparado para el almuerzo y que yo aspiraba a sortear con una pequeña siesta se me convirtió en una verdadera indigestión existencial. La misma que pudo haber sentido el joven Gustavo León, en el año 67, cuando recibió su primer pago como aprendiz de la empresa y se escondió solo en su apartamento a tomarse una jarra de milo acompañada del paquete de galletas de vainilla más grande que pudo comprar. Te habías fajado un análisis sociológico sobre el consumismo que era el peor de los enemigos de la capacidad de lucha, y lo tenaz era que me provocabas un diálogo en aquel momento de desventaja estomacal.

Quise salir del paso con una frase de academia: “es la enfermedad del cosumismo propia de la modernidad”. “No le pongas tanto nombre raro. Eso es puro derroche”, me ripostaste.

Ujum... fue lo único que murmuré. De nada me valía decirte que la economía de mercado actual, en esta época neoliberal, hace del consumismo su más poderosa estrategia de dominación y reproducción.

Que ya ese cuento de comprar artículos duraderos y con garantía se acabó. Hoy todo tiene que ser desechable, eso es lo único que hace que el mercado se mueva. Sabía que mi explicación te entraría por un oído y te saldría por el otro. Bastaba mirar la decoración de la cocina y los objetos que guardabas en el bife de la sala para darte cuenta que para ti, el mundo estaba lleno de recuerdos. Cucharas de palo traídas del pueblo de los abuelos, las tijeras que utilizabas en la máquina de coser donde nos remendabas y arreglabas los pantalones y las camisas con que íbamos a la escuela, vasos de una vajilla que te regalaron cuando te casaste, platos y pocillos de porcelana china comprados en un viaje de familia a Tolú.

Aunque sin pronunciar palabras, seguí cavilando y conversando íntimamente conmigo mismo. ¡Qué fuerza, la de mamá!, me dije. Qué tal que hubiese estudiado. Sí. Hubiera sido senadora, como ella dice. Y lo que dice. Definitivamente las mamás saben más de lo que uno piensa. Es su universidad de la vida y uno tan engreído a veces con sus racionios de pacotilla. Pero si va y lo dice en una asamblea le dirán vieja chocha, porque esa es una de nuestras tragedias ideológicas: no saber escuchar a los adultos, y más a las mujeres. Ya te lo dije y lo vuelvo a repetir, tenemos un corte con el pasado bajo la presunción de que la historia comienza con nosotros. Perdemos el sentido de la ponderación y el valor de la experiencia. Navegamos en la creencia de nuestras propias fantasías y elucubraciones porque somos hijastros de una racionalidad mal comprendida.

“La huelga en Mamaeco, será como una chispa que encenderá la pradera de la protesta social”, empezaron a pregonar al unísono, en cada reunión, los más destacados dirigentes sindicales. “Todo el movimiento obrero y los distintos sectores sociales se unirán a nuestra lucha y, como en Bolivia, derrotaremos al gobierno del dictador Uribe, agente del neoliberalismo”, les dijo a los traba-

jadores de la salud uno de los máximos líderes sindicales recién salido de un injusto cautiverio de catorce meses. Y su carisma y su autoridad, fraguada en años de lucha en defensa de los trabajadores, se convirtió en argumento. Los demás dirigentes y sus correligionarios le siguieron. Unos querían demostrar la justeza de sus raciocinios pues se consideraban dueños de la línea correcta, otros, porque querían demostrar el poder e influencia de su partido en el movimiento obrero. La gran masa se encontró una mañana con las puertas cerradas de la refinería, por obra y gracia de la presidencia de la empresa. El gobierno había declarado desde días atrás el paro impidiendo con alambradas y la custodia de la fuerza pública el acceso a las instalaciones de la refinería. Presos de la ansiedad y bajo el frenesí de las consignas nacionalistas los dirigentes protocolizaron, la mañana caliente del 22 de abril de 2003, la declaratoria de la huelga. El periódico Tribuna Roja, del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (MOIR) lo refrendaría: la USO en combate.

A pesar de la plegaria del obispo de la región petrolera, monseñor Prieto, difundida al día siguiente de la declaratoria de huelga y donde decía que “la iglesia de Barrancabermeja acompañará a los trabajadores(as) de Ecopetrol y a su representante sindical USO y que haría presencia activa en todos aquellos eventos en donde pacíficamente se vaya avanzando hacia la solución del conflicto”, desde tu intuición de mujer esposa de petrolero dijiste: “ahora sí nos jodimos”. “Ahora no habrá entrada a la policlínica y tu papá y yo que estamos bien achacados quién sabe dónde nos atenderán”. Tu sentencia se cumplió bien pronto. La zona hospitalaria sería el campo básico de agitación y refriegas con los directivos.

La dirigencia sindical, desde un comienzo señaló: “esto es una

huelga política”. En su semanario escrito, Frente Obrero, fueron categóricos: “es responsabilidad de todas las organizaciones sociales, de los sectores democráticos y de todos los trabajadores, luchar por la defensa de Ecopetrol”. “Obreros petroleros y pueblo colombiano la hora de la huelga ha llegado”. Desde hacía tiempo atrás, a mediados de los setenta, los sindicalistas, venían luchando contra las intenciones de una élite capitalista que pretendía privatizar a Mamaeco y hacerse con el jugoso negocio del petróleo. En eso habían logrado ganar la simpatía de muchos sectores y entre ellos importantes dirigentes del Congreso. Sus reclamos se pusieron mucho más de presente cuando el gobierno sacó un decreto, el 1760 del 2003, donde escindía la empresa y dejaba el negocio de la producción en manos de una agencia de hidrocarburos vulnerable al capital extranjero y a Mamaeco la convertía en una sociedad anónima con capital estatal.

Déjame por un momento y te cuento, madre, una anécdota de esas preñadas de señales que viví en carne propia. La noche que leyeron el decreto en televisión yo estaba con Guillermo Bejarano Mosquera, el Memo, en frente de la entrada de la refinería. Allí tenían los del sindicato una carpa donde se agrupaban los trabajadores, día y noche, luego de que la empresa no los dejó entrar supuestamente para prevenir saboteos a la producción ante el hecho inminente de la reforma administrativa de la empresa. Apenas el ministro de minas terminó de leer el documento, un frío recorrió a todos los asistentes. No obstante la espesura de la noche pude ver los rostros lívidos de los asistentes. Había terminado un ciclo de la vida de Mamaeco y eso todos lo sabíamos. Quedamos impávidos. Nadie gritó, no surgió una consigna. Solo un profundo silencio. Me fui con el Memo a recorrer las calles y palpar el ambiente de la ciudad petrolera, la constante luchadora, la combativa y querendona. Sólo

soledades en las calles. Nos tomamos dos cervezas cada uno en un bar donde se escuchaba salsa, a un lado de la avenida del ferrocarril, mientras la intuición se movía en dirección a una perspectiva: empezaba una nueva era.

Me acosté apesadumbrado. Yo tenía guardada en el corazón toda una historia de afectos positivos por Mamaeco, su gente, su sindicato y sentía que detrás de aquel decreto había toda una conspiración contra ella. A la madrugada siguiente, serían las cinco de la mañana, cuando un sonido de pólvora me despertó. Dos, tres y más voladores rompieron la tranquilidad del amanecer. Desde la calle llegaban en seguidilla pitos de carros y consignas que no alcanzaba a descifrar. El sonido de una voz que se agrandaba desde un megáfono me llevó a concluir que estaba en presencia de una caravana de propaganda. “La USO ha salido bien temprano a la calle. Qué capacidad de respuesta”, pensé. Me levanté y esperé en una esquina el paso de la presunta caravana de obreros y sindicalistas combativos. En la medida en que se aproximaban la confusión me invadía. Una bandera azul celeste con visos blancos y dorados adornaba el bomper del primer carro. Era distinta a la bandera roja y de visos negro, blanco y amarillo de la organización sindical. Cuando ya estuvieron cerca del lugar donde me encontraba mi desencanto fue total: ¡era la caravana de unos feligreses católicos que salían a celebrar el día del Sagrado Corazón de Jesús! Los sindicalistas dormían a esa hora. Habían pasado parte de la noche en vela discutiendo sobre la estrategia de lucha a seguir. Hay que responder con la huelga de inmediato, decían los dirigentes del MOIR. Es la mejor respuesta política de la hora. Otros dirigentes opinaban lo contrario.

Pasaron varios meses buscando la mejor circunstancia y la mejor razón para la huelga. Los entendidos sabían que detrás de la declaratoria de huelga la preocupación central del sindicato era defender la nueva convención colectiva que el gobierno se negaba a negociar y que amenazaba con ser desconocida a través de un nuevo esquema de relaciones obrero-patronales: el laudo arbitral. No obstante aquella razón de interés exclusivo para los petroleros asociados en su sindicato, la dirigencia obrera ganó la más amplia solidaridad dentro y fuera de la empresa desde un primer momento. El alcalde de la ciudad, de entrada, expresó su solidaridad aunque días después las presiones del gobierno central lo llevaron a re- versar. El Concejo Municipal decidió sumarse cautelosamente al movimiento huelguístico. A los pensionados, como papá y a sus familias, les dijeron que el gobierno pretendía modificarles el pago de sus pensiones y a sus familiares los derechos a los planes especiales de educación, salud y recreación. Eso era lo más sensible. Por ser beneficiarios de Mamaeco, muchos habían estudiado en la universidad con el plan educacional que subsidiaba matrículas y libros. Una buena cantidad de hijos de obreros lograron ir a las mejores universidades, otros, no se dieron cuenta de lo que tenían en la mano y terminaron por perder ese subsidio en medio de la rumba, la droga y una maternidad inesperada. Ante la inminencia de la pérdida de esas ventajas, como un solo y decidido combatiente, la gente del puerto salió multitudinariamente a la calle. Los cuerpos especiales de la policía llegaron desde Bogotá al puerto a enfrentar el jaleo y sólo se encontraron con una ráfaga de rayos de sol que inclementemente cayó sobre la ciudad los treinta y seis días de huelga. A falta de acción, los jóvenes policías terminaron por guarecerse del sol en las tiendas que circundaban los sitios de concentración popular, entre botellas de soda y cerveza, brindadas

por los manifestantes. La chispa de la solidaridad prevista por los sindicalistas se encendió pero no logró encender la pradera nacional. Los medios de comunicación empezaron a ocultar y sesgar las manifestaciones de protesta y a reseñar las exorbitantes ventajas laborales que tenían los petroleros.

Todos los que tenían intereses indirectos en el puerto petrolero, en torno a las ventajas que generaba Mamaeco, se unieron a la protesta. Bullían declaraciones de apoyo. Las cooperativas de los trabajadores petroleros se reunieron de inmediato y ordenaron partidas de solidaridad para sostener el movimiento. Eso les daba una base económica a los huelguistas. Y no era un apoyo cualquiera. En los consejos directivos de las cooperativas se encontraban muchos dirigentes con experiencia y conciencia social capaces de direccionar los recursos que fuese necesario con tal de solidarizarse con la nueva protesta. Surgieron grupos organizados de mujeres en defensa de Mamaeco. Las poderosas organizaciones femeninas, que habían nacido y crecido en el más duro combate en defensa de la vida, aportaron sus centenares de mujeres a la gran corriente de solidaridad. La presencia de la mujer con su apoyo a las huelgas era parte de la historia de la ciudad. Sin buscarlo, la afamada escritora Laura Restrepo, quien había llegado años atrás contratada por Mamaeco, para dar su visión, dentro de muchas visiones, sobre lo que pasaba con el creciente robo de gasolina del poliducto, se había encontrado con una realidad rica, única y compleja del papel de las mujeres en las luchas de la obrería. Su asombro se materializaría poéticamente en el encanto de su novela “La novia oscura”. “Las mujeres no parimos ni forjamos hijos para la guerra” dirían y corearían las mujeres en las marchas. Cada vez más, ellas llenaban de fuego de dignidad y de encantos la calle. La Iglesia Católica no

fue inferior al compromiso y su máximo jerarca en la diócesis le daba cada día instrucciones a sus sacerdotes. En cada iglesia las homilias convocaban a la solidaridad. El gobierno no se impresionó por la magnitud de las protestas locales y empezó a despedir, cada día, decenas de trabajadores, no sólo en el puerto, sino también en todo el país donde Mamaeco tenía presencia. Con el apoyo de la fuerza pública, el personal directivo y trabajadores contratados de otras empresas se empezó a garantizar la producción de gasolina y el bombeo de la misma por los oleoductos. La anunciada escasez de gasolina no se daba y sí el creciente número de despedidos.

El miedo, acicateado por cartas dirigidas a los hogares de los trabajadores, comenzó a hacer mella entre las filas de los obreros y empleados. Empezaron las primeras fisuras, y hombres y mujeres que días antes tenían la convicción de la importancia de defender a Mamaeco, cambiaron de opinión y decidieron entrar a trabajar. Aunque una corriente de aire fresco sopló sobre los huelguistas cuando se supo que obreros venezolanos partidarios de Hugo Chávez en Venezuela venían a solidarizarse con la causa, las bases obreras estaban resquebrajándose. Las simpatías por el movimiento bolivariano que se extendía en Venezuela, a partir de la redistribución social de la renta petrolera entre los sectores más pobres de la población, no logró permear el miedo que crecía entre las bases obreras. Los afectos por el movimiento bolivariano, que se consolidaba en Venezuela, seguían creciendo entre huelguistas y no huelguistas; pero las deserciones seguían aumentando y estas fueron atacadas de inmediato con boletines clandestinos que denunciaban la conducta de quienes flaqueaban. Fue un ataque violento a la persona de los desertores. Nadie se sentía a salvo de la infamia y el ultraje público. El Estado no garantizaba por nin-

gún medio el derecho fundamental al buen nombre. Los directivos de la empresa tenían una sola misión: llevar al mayor número de personas a trabajar a cambio de incentivos económicos y ascensos en la estructura jerárquica. Eso era común en muchos directivos que se sentían privilegiados en la empresa por simbologías tan simples como la de vivir en un barrio aparte, enmallado, en altas condiciones de bienestar, así como las de ir a un club y un colegio aparte del conjunto de la obrería. Una simbología que con el tiempo desaparecería terminado el ciclo de servicios, y mostraba sus dolores cuando tenían que ir a cobrar su pensión en la misma fila de los obreros, y en donde sentían en las carnes el latigazo del desconocimiento. “Se les olvida que van a salir por la misma puerta por donde entraron”, decías para referirte a esa conducta de los jefes.

Ser directivo daba un estatus especial pero tenía sus costos. En uno de los momentos de mayor influencia empresarial y social de la USO, por allá por los setenta, cuando justo papá salió pensionado, y llegaba una nueva generación de obreros y empleados, el sindicato alcanzó tanto poder que montaron una oficina para atender las quejas y reclamos de los obreros y obreras, empleados y empleadas de distintas empresas y almacenes de la ciudad. No era a la oficina del trabajo donde citaban a los patronos. Era a la sede de la USO, y eso producía pavor entre los empleadores de la ciudad. Producía el mismo pavor que sintió Lalo Mujica, el hijo de doña Luisa, cuando en su condición de asesor jurídico de Mamaeco en Barrancabermeja tuvo que tomar la decisión de dar por terminada una diligencia de reclamos pasada la hora judicial y eso no le gustó a uno de los directivos del sindicato quien, megáfono en mano, empezó a gritarle que era “un cerdo degenerado”, y lo persiguió con esa agresión verbal por varias oficinas hasta que,

cuando quedaron solos en un pasillo, Lalo se salió de casillas y le dijo con toda el alma, “Hijo de puta, yo tengo que pegarle a usted”. Y se le vino encima preñado de ira, y el dirigente sindical con el megáfono en la mano llamó a sus compañeros para que vieran la agresión y así pedir que lo echaran de la empresa. La dignidad de Lalo estaba por el suelo ante aquella humillación persistente y él sólo sabía el valor de aquella agresión. El dirigente sindical no sabía nada de la historia personal de Lalo. No sabía que él era el hijo de un importante comerciante de la ciudad que había muerto y dejado a su hijo mayor al frente de los negocios para ayudar a sus hermanos. Que había suspendido sus estudios de bachillerato y reiniciado los mismos a los veinticuatro años. Que mientras se desempeñaba como comerciante desde muy joven ayudó a fundar el Club Náutico San Silvestre, el Club de Leones, Monarca, El Comité de Desarrollo, que había formado la primera tertulia con bachilleres del Diego donde iban a tomar costeñita que él les gastaba a los que luego serían comandantes guerrilleros del ELN, Ricardo Lara Parada y Juan de Dios Aguilera, que había sido el batutero mayor de la banda de marcha del Colegio Diego Hernández, que era reconocido el mejor encestador de baloncesto de la ciudad, que era de los hombres que mejor se vestía porque era sastre y tenía las más bonitas novias del pueblo. Nada de eso sabía el dirigente sindical que lo perseguía ofendiéndolo por todas las oficinas del edificio de la gerencia con la frase “cerdo degenerado”, “cerdo degenerado”.

El Lalo, tuvo que soportar la afrenta a nombre del equilibrio de las relaciones entre la empresa y el sindicato, y muchos años después tuvo que afrontar un atentado en su casa porque se opuso a que unos invasores se tomaran unos predios de Mamaeco y donde fundaría después con unos ranchos de paroid el barrio Bostón, al nororiente de la ciudad. Pero el bombazo le importó poco al gobierno central,

ni a los grandes directivos de Mamaeco. Al Lalo lo recluyeron en una oficina de segunda hasta que se pensionó. Su fidelidad con la empresa era su convicción pero eso no tenía precio para los demás compañeros de su rol directivo. Igual le sucedería a otros.

Cuando Merlano llegó a Mamaeco introdujo un sentido de aprecio integral por los directivos, empleados y trabajadores. Promovió la capacitación en habilidades gerenciales de ellos en las mejores universidades del país, y en muchos casos, los llevó a no solo tener competencias técnicas y gerenciales sino también habilidades para la vida. Pero el modelo Merlano era peligroso para los nuevos dueños del país a comienzos de los noventa: los socios de la apertura económica que cantaban bellamente la melodía “Bienvenidos al futuro”. Y era explicable. Al lado de la idea de que lo que importaba era la productividad y los resultados, resaltar el valor de la persona era peligroso. El nuevo paradigma era sencillo: usted en la empresa es un trabajador o un empleado y no más. En la calle es un consumidor, olvídense de esas fantasías de los derechos fundamentales. En esa nueva dinámica de relaciones interpersonales, el virus del arribismo y el mejor estatus había sido incubado con cuidado como forma de mantener las motivaciones y diferencias en la estructura de relaciones al interior de la empresa. Ese mismo virus era nuevamente activado en pleno conflicto. Romper la huelga era estimulado como un acto de valentía y de éxito a futuro. Empezaron a llamar huelguistas a ofrecerles ascensos y un buen número aceptó. El arribismo empezaba a dar resultados.

“Los pataevacas”, como los llamaban, no tienen dignidad”, dijo alguien para justificar el contenido de los panfletos y boletines anónimos que circulaban en la ciudad denigrando de la vida íntima de quienes habían decidido estar por fuera del movimiento

huelguístico. Con ello se lesiona el derecho al buen nombre y la dignidad, y más cuando ellos también tienen derechos fundamentales consagrados en la constitución, dije en un conversatorio donde se escuchaban opiniones sobre el movimiento de protesta. Patevairse era un estigma entre los obreros que algunos consideraban una marca histórica de indignidad e imborrable. La fuerza y sevicia de las denuncias provocó terror entre quienes seguían por fuera de sus puestos de trabajo. Pero el poder de la interpretación llevó a los ideólogos de la huelga a establecer una nueva categoría de distinción: los consecuentes y los inconsecuentes. Ello era presentado como más digno. Con eso se buscaba mitigar el miedo que corroía la voluntad de seguir por fuera del puesto de trabajo. Pero la presidencia de la empresa no se dejó amedrentar. La dirigencia sindical colocó en manos de la Iglesia, los buenos oficios para dialogar con la cúpula de la empresa. Silenciosamente el sacerdote jesuita Francisco de Roux, reconocido como el más importante líder en la región del Magdalena Medio por la Comunidad Europea y de quien decían los paramilitares tenía su corazón inclinado hacia la guerrilla, se movía entre las bambalinas del palacio presidencial buscando que el presidente Uribe Vélez instruyera al presidente de Mameco, un hombre de origen judío, Isaac Yanovich, en la idea de aceptar los diálogos informales.

A la gran mesa de conversaciones llegaron los más avezados y estudiosos dirigentes obreros de la política petrolera: Hernando Hernández, Gabriel Alvis y Roberto Smalbach. Este último, en las conversaciones se fajaba unas intervenciones como aquella en que les dijo: “la agencia nacional de hidrocarburos es el eje del problema. No es una empresa, es una agencia que pone en oferta los recursos del país, y tiene como principio regresar a la “concesión moderna” que puede llevar al estado colonial que ya

vivió Colombia y ya superó para lograr la soberanía. La agencia no va a asegurar la autosuficiencia petrolera, porque capta renta a través de impuestos, y no es lo mismo pagar esto sobre la base del recurso que se está explotando sino sobre las utilidades y si no hay utilidades no hay pago de renta en forma de impuesto. El gobierno ha dicho que se trata de garantizar la autosuficiencia, pero los nuevos contratos no lo garantizan. Las compañías que llegan son propietarias, asumen todo el riesgo, pero ese petróleo que encuentren no es de la nación, es de la multinacional, que puede poner en chantaje a la nación, tienen libertad para venderle o no el petróleo al país”.

En la mesa de conversaciones, en un comienzo se escucharon también voces autorizadas desde otra visión. Uno de ellos, ex ministro de minas, Luis Carlos Valenzuela, quien veía bondades en la creación de la agencia de hidrocarburos que no aceptaban los sindicalistas, dijo: “cuando los recursos del petróleo colombiano sean de todos los colombianos, es decir, cuando los nuevos contratos constituyan ingresos de la agencia nacional de hidrocarburos, tan sólo en ese momento, habremos nacionalizado el petróleo colombiano; tan sólo en ese momento habremos socializado el petróleo colombiano. Tan sólo en ese momento los senadores sociales serán más importantes que los denominados senadores energéticos. Tan sólo en ese momento lo colectivo primará sobre lo individual.

Eso, que pasará en unos diez o quince años, merece ser celebrado. Finalmente, después de casi un siglo, habremos nacionalizado; habremos socializado nuestras rentas petroleras. Puro a lo Pancho Villa, a lo Lázaro Cárdenas. Puro a lo mexicano. Y si los mexicanos se reúnen en la Plaza del Zócalo y gritan: ¡qué viva México, hijos de la Chingada!, pues a nosotros más vale que se nos ocurra algo

igualmente emocionante, pues tan sólo en ese momento una de nuestras grandes riquezas nacionales, el petróleo, será de y para los colombianos.”

Sin estar convencido del mecanismo de conversar por fuera de los canales institucionales, el máximo ejecutivo de la empresa accedió. En la mesa de conversaciones del 12 de mayo el ejecutivo había sido claro y así estaba consignado en las actas: “les quiero anticipar que lo que digan los asesores legales de la USO no hará cambiar mi criterio, actúo en función de lo que me dan mis asesores, me da seguridad el ver que todos los procesos legales levantados por ustedes se han caído, sigo pensando que las decisiones de la Corte Suprema de Justicia son válidas, y mantengo que si un juez de la república nos obliga a reversar una de las decisiones que hemos tomado, lo haremos.” Una masacre laboral había empezado y era urgente detenerla. De Roux era consciente del riesgo que corría el prestigio del poder eclesial en ese momento y apretó el acelerador en la presidencia: había que parar la avalancha de despidos. Mientras llegaba la decisión, al interior de la dirigencia sindical empezaron las contradicciones, pero éstas eran acalladas en el seno del sindicato. La huelga empezó a cabalgar sobre el miedo mientras en la mesa de conversaciones reunida en la sede de la Conferencia Episcopal en la capital se buscaban acuerdos.

Paralelo a los días de huelga tu esperanza de vida languidecía al igual que la de papá. Con el ojo de la historia y la intuición veías cómo se desmoronaba Mamaeco, en el lugar que más visitabas y visitaban los pensionados: la policlínica. “Mira, ya ni cortan el prado, todo se está enmotando, las mallas se oxidan y no pintan las paredes”, me dijiste una mañana que te acompañé a una cita y no nos dejaron entrar porque lo tuyo no era urgente. Nadie sabía de la urgencia que tenías cada día de saber sobre la suerte de mi her-

mano. Aunque la Corte Constitucional había sacado una sentencia que, bajo el principio de la solidaridad, ordenaba que te siguieran pagando los salarios de mi hermano hasta tanto no se declarase la muerte presunta, los funcionarios de la municipalidad encargados de examinar el asunto presentaban todo tipo de obstáculos legales y administrativos. Su frialdad iba en contravía con el texto y el espíritu de la Corte Constitucional. Con el alma contaminada por el formalismo, a cada momento, se inventaban un nuevo trámite, una nueva declaración, una prolongación indefinida a tu derecho, y con ello no hacían más que reabrir constantemente tu herida. La frustración y la desesperanza se enriquecían también desde la orilla de la burocracia municipal.

Dejaste de caminar por la ciudad. No volviste a la iglesia, a los grupos de oración, a visitar tus amigas, a asistir a los entierros de los amigos y amigas, paisanos y paisanos de tu edad que morían por otras razones. Tus alabanzas se congelaron. La música no se volvió a escuchar con fuerza en casa. Salvo las melodías de nostalgia que escuchaba mi hermana Lucía, mientras tallaba la madera frenéticamente en el patio de la casa. Sólo la tristeza y la depresión erigían su dominio en las horas. Tus baños desnuda en el patio conversando imaginariamente con mi hermano eran cada vez menos frecuentes. Empezaste a perder el brillo en los ojos, la sonrisa, el perrenque de las discusiones, la chispa de la vida, aunque afuera la ciudad hervía de consignas y se guisaba en temores incubados en cada hogar de los empleados y trabajadores de Mamaeco. “El diablo, ataca con su mejor arma, la depresión”, te dije un día para sacudirte. “Y que hago con esta ansiedad que me pica las carnes y el alma”, me contestaste. “Seguir con la esperanza en la vida pues somos más hermanos que te queremos ver activa”. “Pero hijo, con tantas dificultades que tienen...”, me respondiste. “Sí, pero no

somos ni pobres ni acobardados. Tenemos estrecheces circunstanciales, pero no estamos molidos. Sufro mucho. Sufro viendo a tu hermano, el que no estudió, esclavo de tu padre. Lo tiene que cargar hasta trece veces al día. Tu hermana no puede sacar su negocio adelante por estar pendiente de los oficios. Yo achacada y contando con tu tiempo, sabiendo que tienes más obligaciones. Los demás, cada uno en lo suyo en otras partes. Y fuera de eso van acabar a Mamaeco, ¿qué más, por Dios?”, me dijiste.

No. La empresa no la van acabar, se va a transformar. Con la huelga se logró detener el proceso velado de privatización aunque costó mucho: despedidos y resquemores, pero pienso que eso es superable. Gracias a las querellas del sindicato vamos a tener la oportunidad de que Mamaeco se vuelva más vigorosa con la recuperación de los campos de Yondó, donde trabajo papá, con la Shell, durante mucho tiempo, y los Campos de El Centro, donde han descubierto que hay mucho petróleo por recuperar y que pensaban entregárselo a una empresa norteamericana en la cual tienen acciones la familia del presidente George W. Bush. Ese petróleo siempre ha estado ahí, en el subsuelo, a profundidades significativas, pero había intereses oscuros dentro de los grandes empresarios petroleros que rondan a Mamaeco para que no fuera ésta quien lo sacara sino empresas extranjeras, bajo el cuestionable argumento de que Mamaeco no tenía con qué hacerlo. Con la huelga se detuvo la velocidad y la forma de la decisión, para fortuna de la patria.

Dentro y fuera del sindicato hay gente con alta dignidad y un profundo sentido nacionalista. Entre ellas, conocí a un abogado, Adalberto Carvajal, para los días posteriores a la huelga, cuando la Corte Suprema de Justicia, confirmó el laudo arbitral que daba al traste con la convención colectiva y dejaba al sindicato al borde

del abismo. Los dirigentes que estuvieron en la mesa de conversaciones habían ganado su pensión de jubilación y ya no tenían los mismos arrestos para seguir en las discusiones jurídicas. Ellos sabían de política petrolera pero las exigencias eran después del fallo de la corte y los acuerdos de la mesa de conversaciones de orden jurídico, y el abogado Carvajal decidió asumir la causa obrera, como en el pasado lo había hecho su maestro Diego Montaña Cuellar. Desde su ética profesional y un sentido nacionalista siguió asesorando a la organización gremial, sin costo alguno para evitar que los abogados petroleros le den la estocada final al sindicato. En la misma dirección de apoyo está el abogado Alfredo Castaño Martínez, que tú conoces y quien siempre ha estado atento a la mejor suerte del sindicato. Surgen nuevas corrientes de pensamiento entre los jóvenes obreros dispuestos a recoger la experiencia. No creas que los que quieren acabar el espíritu estatal y nacionalista de la empresa la tienen fácil.

“Cómo eres de optimista”, me dijiste mirándome a los ojos. Sí, todo se transforma. La clave está en comprender los cambios. Fíjate te voy a contar una. La de Marco Tulio. Te acuerdas del gordo Marco Tulio Restrepo. El paisa de Sopetrán, que fue gerente de la refinería. Que tuvo que enfrentar a los del sindicato una y mil veces. Pues sabes que se murió unos meses después de haber terminado la huelga. Era el hombre contratado por Mamaeco para las políticas de seguridad corporativa, y viendo la debacle y pretensiones de los nuevos directivos de privatizar la empresa se reunió con otros directivos ya pensionados a examinar la situación y buscarle una salida más nacionalista al asunto. Marco Tulio no cogió la vía de venderle sus conconiéndos a las multinacionales como se habían visto obligados a hacerlo otros grandes directivos, expertos en materia petrolera, cuando los sacaban de la nómina por vía de jubilación temprana,

en lo que se veía como una política sutil de exterminio de la inteligencia empresarial de Mamaeco para debilitarla ante las empresas extranjeras. No. El siguió vestido de colombiano. Pues te cuento que saliendo de un restaurante se cayó por las escalas y se desnucó. Con el tiempo se supo que le dio un ataque de presión alta porque le habían cambiado la droga por un genérico y no tuvo tiempo de reaccionar al bajar las escalas. La sorpresa grande de todos los grandes funcionarios de Mamaeco cuando lo fueron a visitar a la sala de velación es que su féretro estaba envuelto en la bandera del sindicato. Marco, antes de morir se le había pedido a su mujer que cuando muriera así lo hicieran. Lo ves. El tiempo llevó a Marcos a reconocer el valor del sindicato. Con el tiempo, muchos directivos, cuando ya se vieron en la calle con su ciclo terminado y desconocidos por nuevos burócratas de turno, en privado terminaron por reconocer la importancia del sindicato, con todo y sus fallas. Así como con el tiempo llegamos a reconocer tu gran valor en nuestras vidas. Hubieras visto ese día, al lado del féretro de Marcos, la cara de asombro de otros directivos que nunca entendieron el valor de los esfuerzos del sindicato, con todos sus errores y limitaciones, por mantener la empresa como patrimonio de la nación. Lo de Marco fue muy significativo, madre. Es la expresión de lo complejo, de lo contradictorio, de la lucha. Sólo de las tensiones creativas el mundo se mueve para bien. En las discusiones contigo, en el combate nos fraguamos. Así también se ha fraguado Mamaeco. Querer que no existan opiniones distintas es contrario a la vida. La vida no es solo blanco y negro, son multitud de tonos grises. En la confrontación aprendemos, como hemos aprendido de ti para sortear la vida. Sí, madre desde la lucha se construye para bien.

“Amén. Aleluya. Así sea, hijo”.

Claro madre, hay que releer los hechos de nuestra vida, con otras miradas, sin temor a desgarrarnos por nuestros errores y visiones. Hay que volver a descubrir los colores de la vida. Tomar el sol, bañarse, volver a reír para derrotar el dolor, recuperar la memoria de lo bueno, celebrar la presencia del otro, orar desde las vísceras, vencer la presencia del demonio con sus mil rostros, acariciarnos la piel aunque estemos viejos, decirnos que nos queremos, perdonarnos a nosotros mismos y a los otros, sepultar los rencores, convertir la palabra en canto que alivia, la mirada en luz que rompe la espesura de las desconfianzas. Yo creo que tú dirías como dijo Elba Duarte, tu vecina, “Si tuviera que volver a tener los mismos hijos, a pesar de todas las dificultades los tendría”. En una frase, madre, hay que vencer la muerte desde el amor por la vida diaria.

Enero del 2006.



Bertilda de Núñez

En este texto se refleja el apasionante mundo de la cultura y de las luchas por el poder al interior y en torno de la más importante empresa petrolera del país. Desde la experiencia directa del testimonio, que es el más profundo y envolvente discurso, y con una técnica epistolar, donde la narración y el ensayo se unen y distancian por momentos, el autor provoca una lectura inaplazable, desgarradora y motivante. Es una invitación a conocer más la historia de un mundo vedado (como lo es el oro negro) a la mayoría de los colombianos, y donde se encuentran las claves secretas de la economía y la política del país.

Con el apoyo de:

